Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima

Tesis de Licenciatura

La Prudencia
Camino a la Felicidad

Pablo Augusto Perazzo
Lima, marzo de 2009

«Todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud y cosa digna de elogio, todo esto tenedlo en cuenta» (*Flp* 4, 8).

La virtud es una disposición habitual y firme a hacer el bien. Permite a la persona no sólo realizar actos buenos, sino dar lo mejor de sí misma. Con todas sus fuerzas sensibles y espirituales, la persona virtuosa tiende hacia el bien, lo busca y lo elige a través de acciones concretas.

«El objetivo de una vida virtuosa consiste en llegar a ser semejante a Dios» (San Gregorio de Nisa)

Catecismo de la Iglesia Católica, 1803

Índice

Introducción …… 4
I. La Virtud como Camino de Realización …… 11
II. Vivir la Virtud ……19
III. La Virtud de la Prudencia ……..…….. 30
1. Las partes cuasi integrales …… 37
2. Partes esenciales ……... 39
3. Partes potenciales ……. 40
IV. El Camino a la Felicidad …….…… 43
Conclusión ……. 50
Bibliografía …… 54

Introducción

¿Cómo hacer para ser felices? ¿Cómo debemos vivir para alcanzar la tan anhelada felicidad? ¿De qué manera debemos encaminar nuestra vida si queremos darle un sentido importante y trascendente? El presente trabajo busca responder a esas inquietudes. La tesis que queremos defender con este trabajo es cómo la virtud de la prudencia es un medio excelente para encontrar el camino para la felicidad.

Antes de escudriñar el tema propuesto quiero en esta breve introducción hacer algunas preguntas que nos van a introducir en el tema de la felicidad. Preguntas muy existenciales que enfocarán la reflexión con la profundidad que requiere el tema. Preguntas que todos debemos hacernos si es que deseamos vivir auténticamente.

¿Por qué existimos? Esta es sin duda una de las preguntas esenciales que todo hombre y mujer deben hacerse. ¿De dónde vengo? ¿Hacia dónde voy? ¿Quién soy? Son todas preguntas existenciales y profundas, importantísimas para la vida, cuyas respuestas pueden encaminar la vida de quien se las pregunte hacia un camino de autenticidad o de mentira profunda. Depende de la solución que cada uno les dé. El presente trabajo quiere adentrarse en esa realidad profunda de la experiencia humana. Lo único que pido al lector es la actitud de cuestionamiento, de auto-crítica. En otras

palabras, preguntarse a si mismo qué queremos de la vida. No vamos a desarrollar solamente una teoría interesante, sino a hablar de la vida, de nuestras experiencias.

Alguna vez te preguntaste ¿para qué existimos? Podríamos responder varias cosas, pero una idea que surge de manera unánime es: "para ser felices", para alcanzar la plenitud en nuestras vidas, para vivir auténticamente como seres humanos plenamente realizados; para dar un sentido noble a la vida. Es decir, que sea honrosa y estimable. La palabra nobleza ha perdido hoy en día su sentido real, muchos la ridicularizan, pero creo que denota el horizonte trascendente que debe adquirir nuestra existencia.

> "Siento la necesidad del infinito". Esas palabras remiten a una realidad profunda del ser humano. Más aún, se trata de la realidad más profunda del ser humano. Esas palabras manifiestan una tendencia, una tensión-hacia que persiste hoy y persistirá siempre a pesar de cuantos cambios se produzcan en el mundo. El ser humano siempre será el mismo; su estructura fundamental como persona habrá de mantenerse como tal. Por eso la experiencia de la "nostalgia de infinito" no es una aspiración pasajera, sino permanente y ligada a la existencia misma del ser humano. Es bastante más que un deseo. No es una dimensión sentimental ni abstracta; más bien, se trata de una dimensión constitutiva, real, que apunta a la plenitud de la persona en el encuentro con la realidad trascendente desde la cual todo recibe sentido.[1]

En esa búsqueda de sentido para nuestras vidas no podemos obviar el deseo y anhelo por la felicidad; es una realidad que indiscutiblemente marca la vida de cada hombre y mujer. Cada uno vive y experimenta ese impulso interior de modo particular. A veces ese anhelo está un poco escondido, muchas veces no hacemos las cosas con la conciencia clara de que en el fondo deseamos la felicidad. Pero basta entrar sinceramente en uno mismo para descubrir esa nostalgia de sentido, de felicidad, que nos distingue profundamente. La naturaleza humana nos habla de esa apertura a lo trascendente, de una nostalgia de infinito, de una sed de eternidad.[2]

Quizás podríamos plantear la interrogante desde otra perspectiva: ¿Qué es lo que más queremos en esta vida? ¿Qué es lo que quiere nuestro corazón? Muchas podrían ser las respuestas. Empezando por las cosas más superficiales hasta la más profundas. Queremos tener dinero, queremos una familia hermosa, hijos con salud, un buen

---

[1] FIGARI, Luis Fernando, *Nostalgia de Infinito*, Lima, Fondo Editorial, 2002, p.8.

[2] «No veo orgullo, ni sano ni insano. Yo no digo que merecemos un más allá, ni que la lógica nos lo muestre; digo que lo necesito, merézcalo o no, y nada más. Digo que lo que pasa no me satisface, que tengo sed de eternidad, y que sin ella me es todo igual. Yo necesito eso, lo ne-ce-si-to!! Y sin ello ni hay alegría de vivir ni la alegría de vivir quiere decir nada. Es muy cómodo esto de decir: "Hay que vivir, hay que contentarse con la vida!" ¿Y los que no nos contentamos con ella?» UNAMUNO, Miguel de, "Cartas a Jiménez Ilundain*",* en *Revista de la Universidad de Bs. Aires*, Fasc. 9, p.76.

trabajo, una casa propia y muchas otras cosas. Sin embargo el talante de la pregunta exige una consideración que vaya más allá de las cosas ordinarias, y satisfaga el deseo y anhelo más profundo del ser humano. No quedarse en la superficialidad o lo ordinario de la rutina cotidiana. Todo lo que hacemos, todo lo que buscamos, todo por lo cual nos desgastamos en la vida busca siempre la felicidad. ¿Quién no quiere ser feliz? Ese es el fin último al cual todo hombre y mujer desea llegar. Hagamos una encuesta por las calles y preguntemos a las personas si quieren ser felices. Con certeza todos dirán que si lo quieren. ¡Es así! Todos queremos ser felices. Es un deseo natural con el que todo ser humano nace.

> El deseo natural de felicidad es de origen divino: Dios lo ha puesto en el corazón del hombre a fin de atraerlo hacia Él, el único que lo puede satisfacer: «Cómo es, Señor, que yo te busco? Porque al buscarte, Dios mío, busco la vida feliz, haz que te busque para que viva mi alma, porque mi cuerpo vive de mi alma y mi alma vive de ti».[3]

Recordemos un famoso pasaje bíblico: «Maestro bueno, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?» (*Lc* 18, 18) Esta pregunta encierra la inquietud trascendente por la inmortalidad. Inquietud que en otras palabras puede ser la felicidad: ¿qué tengo que hacer para ser feliz? ¡Con que fuerza resuena esa pregunta en nuestro interior! Dejémonos interpelar por esa interrogante. No tengamos miedo a aventurarnos en ese horizonte extraordinario de la búsqueda de la felicidad. Es una dimensión esencial de nuestra existencia.

El tema no es sencillo e implica una reflexión que permita saciar el anhelo profundo que tiene el hombre de felicidad.

> «Una simple mirada a la historia antigua muestra con claridad como en distintas partes de la tierra brotan al mismo tiempo las preguntas de fondo. Estas mismas preguntas se encuentran en los escritos sagrados de Israel, pero aparecen también en los Veda y en los Avesta; en los escritos de Confucio y LaoTze; en los poemas de Homero y en las tragedias de Eurípides y Sófocles, así como en los tratados filosóficos de Platón y Aristóteles. Son preguntas que tienen su origen común en la necesidad de sentido que desde siempre acucia el corazón del hombre.»[4]

Pero ¿que es la felicidad? El tema parece ser de suma importancia. Debería ser una pregunta de difundida respuesta puesto que se trata de un tema tan trascendente para el ser humano. Sin embargo constatamos que normalmente la gente no sabe que responder. Simplemente no saben encontrar una solución para esa pregunta. La felicidad

---

[3] SAN AGUSTIN, *Confesiones*, libro 10, cáp.20, n.29, Madrid, SAN PABLO, 1998 (Catecismo *de la Iglesia Católica*, n.1718)
[4] JUAN PABLO II, *Carta Encíclica Fides et Ratio*, n.1, Lima, Ediciones Paulinas, 1998

es el bien último del hombre. Se trata de realizarse plenamente: ser hombre en plenitud. Eso implica desde la dimensión biológica hasta lo espiritual. Si entendemos al hombre como un ser bio-sico-socio-espiritual, es decir, una unidad biológica, psicológica, sociológica y espiritual, tendremos que la felicidad será un desarrollo de esas cuatro dimensiones de nuestra humanidad. La más importante es la espiritual, cuyo fin se encuentra en nuestra relación personal con lo divino. ¿Qué significa esto? Que el ser humano esta constituido íntimamente para relacionarse con Dios. Hay una dimensión ontológica que se abre a la comunicación con Dios. Sin esa comunión con Dios, propia de nuestra dimensión espiritual, el ser humano se recorta interiormente y no puede realizarse plenamente como persona. Por eso podemos decir, sin menospreciar las demás dimensiones, que lo espiritual es lo más importante en la constitución del hombre. La felicidad se define en el primer tratado sistemático de ética de la historia como la actividad más noble del alma dirigida por la virtud[5], y la virtud más elevada. Por lo tanto vamos a averiguar el significado de la virtud y como vivirla. Para ello vamos a iniciar la reflexión analizando qué nos dice Aristóteles en los libros segundo y sexto de la Ética a Nicómaco recurriendo también a los comentarios que hace Santo Tomás.

Una siguiente pregunta relacionada al tema de la felicidad que deberíamos hacernos es ¿qué tan felices queremos ser? ¿Cuánto? ¿Pondríamos algún límite a la felicidad? ¿Acaso no buscamos ser todo lo feliz que sea posible? Muchos contestan que quieren ser felices al máximo… todo lo que se pueda. Por lo tanto, dicho de otra manera, diríamos que el anhelo de felicidad es infinito. Algo que no tenga fin. Siempre queremos más y más. Esto se ve reflejado en cualquier dimensión de la vida. Cuando alcanzamos un objetivo inmediatamente nos orientamos hacia algo más importante. Y así lo hacemos toda nuestra vida. De la misma manera sucede con nuestro anhelo de felicidad. Siempre buscamos más. Es propio de la naturaleza humana. Siempre querer más. Después de alcanzar una meta y estar satisfechos, nos acucia el deseo de lograr algo más importante. Por lo tanto la búsqueda de la felicidad es un deseo infinito que sólo se puede saciar con algo o alguien que sea infinito.

[5] ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco,* Barcelona, Folio, 2002, 1098a.

La pregunta que debemos formularnos, y es lo que queremos responder con esta tesis, es cómo hacer para alcanzar la felicidad. ¿Qué hacer? ¿Cómo proceder? Por lo pronto puedo decir que implica el conocimiento personal, saber quien soy. Por otro lado si seguimos la definición de Aristóteles implica la virtud. Sólo el hombre y mujer virtuosos pueden seguir el camino de la felicidad. Sólo el que vive virtuosamente puede alcanzar la felicidad. Esto es lo que queremos demostrar. Debemos ser virtuosos para vivir felices. De manera especial vivir la prudencia.

La virtud es un esfuerzo del alma que nos permite alcanzar la bondad y vivir la felicidad. Implica alcanzar una realización integral de nuestra persona. Es buscar siempre un ideal y una meta noble. Ser un caballero. Buscar la perfección, la excelencia. Son muchas variables. Exige desde el conocimiento personal hasta el conocimiento de la verdad y la bondad. Exige una opción decidida por una conducta recta y moral.

> «La recta búsqueda de la verdad debe ocupar la centralidad que tiene en la naturaleza del ser humano. Y esa centralidad debe desplegarse desde la luz que da la fe para comprender al ser humano y el noble destino al que está llamado en la forja de sí mismo y como constructor de la cultura.»[6]

Infelizmente no todos alcanzan esa felicidad. Aunque todos los seres humanos quieran ser felices, no siempre pueden alcanzarla. Son muchas las razones por las que las personas no viven la felicidad tan anhelada. Algunos simplemente no son conscientes de ese deseo profundo que habita en su interior, viven en la superficialidad, como cosas en medio de cosas. Hombres que se contentan con lo cotidiano. Que no tienen anhelos que trasciendan lo ordinario.

Otros buscan de modo equivocado, quieren satisfacer ese hambre con falsos sucedáneos[7], que solamente sirven para engañarnos; compramos así el producto falso que ofrece el mundo, los falaces apegos que solamente sirven para desorientarnos. Son los sucedáneos del tener (consumismo, materialismo), el placer (hedonismo desenfrenado, el libertinaje sexual, etc…), y el poder (creerse todo-poderoso, superior a los demás, dueño de la verdad). Otros simplemente creen que es imposible encontrar una respuesta, que no se puede ser feliz. Otros ya se cansaron. Desistieron en la búsqueda de la felicidad. La vida con sus muchas dificultades no les brindó un camino

[6] FIGARI, Luis Fernando, *La Búsqueda de la Verdad*, Arequipa, Univ. San Pablo – Instituto del Sur, 1998, p.47
[7] Sustitos baratos que no responden a la necesidad interior del ser humano

adecuado para encontrarla. Otros se contentan con una “felicidad” por ratos. Mientras que la mayoría de personas simplemente no se da el tiempo para meditar sobre temas profundos como el que discurrimos ahora. Además, vemos como muchos viven en la mediocridad, no se esfuerzan por vivir la virtud, se contentan con lo poco y tienen un horizonte de vida que no trasciende sus preocupaciones cotidianas. Como ya hemos dicho, el que no practica la virtud no puede ser feliz. Es paradójico, como queriendo ser felices muchas veces no profundizamos en el tema y vivimos en la superficialidad de la existencia.

La razón de este trabajo es profundizar en el tema de la “prudencia” como una de las virtudes necesaria para encaminarse a la tan anhelada felicidad; prudencia como camino para vivir bien y de acuerdo a la verdad. Recurriremos principalmente a Aristóteles y Santo Tomás y algunos autores de corriente tomista. La base del trabajo es la Ética a Nicómaco de Aristóteles pero también nos remitiremos al comentario que hace Santo Tomás de Aquino del dicho escrito de Aristóteles por la excelente explicación que da del mismo. A lo largo de todo el trabajo haremos referencias a ambos trabajos, dejando siempre explícito a cual nos referimos para no caer en posibles anacronismos y no poner comentarios de Santo Tomás en la boca de Aristóteles. Recurriremos a Santo Tomás pues es un pensador que desarrolla de modo brillante el pensamiento de Aristóteles conjugándolo con el cristianismo. Luego, para explicar con más detenimiento la prudencia vamos a valernos de la Suma Teológica, específicamente las cuestiones 47 a la 51 de la segunda parte de la segunda parte. No obstante, en este trabajo no haremos referencias directas a la manera cristiana y teológica de comprender la búsqueda de la felicidad, para la cual son fundamentales las virtudes teologales de la fe, esperanza y caridad, sino que abordaremos el tema desde una perspectiva filosófica, sin por ello cerrarnos a la fe. Fundamentar esta tesis en Santo Tomás implica una filosofía cristiana, abierta a la fe. Vamos a centrar la tesis en la virtud cardinal de la prudencia, desde una perspectiva filosófica y muy existencial.

En el primer y segundo capítulo, vamos a desarrollar el tema de la virtud en general y luego, en el tercer capítulo, explicar qué es y cómo se vive la prudencia. Finalmente vamos a ver en el cuarto capítulo la relación concreta de la prudencia con la búsqueda de felicidad. Con esto queremos afirmar que el hombre sí puede ser feliz; que se trata de proponerse alcanzar la felicidad y poner los medios necesarios para vivirla.

Todo ello lo vamos a hacer de un modo muy existencial y encarnado a fin de que el lector pueda identificarse y verse reflejado en este trabajo.

Capítulo I

La Virtud como Camino de Realización

En el capítulo que sigue vamos a descubrir el camino de la virtud como una respuesta a los problemas no sólo sociales sino personales. Es un camino difícil, lejos de la mediocridad en la que tantos viven, pero que lleva el hombre a su plena realización. Entendamos la realización como un estado en el que la persona alcanza por lo menos satisfactoriamente un grado de despliegue personal en el que sus capacidades y posibilidades son desarrolladas virtuosamente. Es obrar de acuerdo a la propia naturaleza, esforzándose por ser fiel a su identidad personal. Una pregunta fundamental que vamos a responder es la manera como se alcanza esa realización viviendo la virtud, el "justo medio". Cuanto mejor la vivamos alcanzaremos en nuestra vida una serie de frutos personales que nos ayudarán a alcanzar una excelencia de vida.

Vivimos un tiempo cultural que pasa por una profunda crisis. Son evidentes las manifestaciones de la cultura de muerte en la que estamos. El problema no sólo se refleja en esferas más amplias de la sociedad - los conflictos armados entre naciones, el problema de la injusta desigualdad social, la violencia, el ataque contra la vida, la profunda crisis de valores que no sólo afecta desde las familias hasta las esferas más altas del Estado - sino que llega a afectar la misma vida individual de cada persona.

Muchos son los rasgos de la crisis personal: la frustración, la angustia, el miedo, la tristeza, la soledad, el negativismo, la ansiedad, las incomprensiones, las mentiras existenciales, la infelicidad, el sin sentido de la vida. Todos ellos son una expresión de un rompimiento personal que anida en el corazón del hombre. Todos son manifestación de un grave problema que va en contra del deseo profundo de felicidad. En vez de realizarse y encontrar el verdadero sentido de la vida, muchos viven como cosas en medio de cosas, incapaces de descubrir el talante auténtico de la vida. Muchos se acostumbran a vivir así, muchos desisten de buscar una respuesta para sus interrogantes, muchos simplemente se olvidan de sus inquietudes fundamentales y dejan que se apague la chispa vital en sus corazones. Es duro decirlo, pero así viven miles y miles de personas. Así nos educa la sociedad, vendiendo sustitos baratos que sólo sirven de placebo para la verdadera nostalgia de infinito que todos vivimos. En vez de satisfacer esa búsqueda por la felicidad, el mundo nos impone falsos sucedáneos, falsos diocesillos, las llamadas concupiscencias[8] que desvirtúan la recta codificación de los impulsos interiores del hombre[9]: el tener (consumismo, materialismo), el placer (sexo, drogas, alcohol) y el poder (creerse dueños de la verdad, superior a los demás, la última norma de verdad). Sobreviene entonces una frustración profunda, ya que en el fondo las necesidades del hombre no son saciadas por esa inclinación al mal, el hambre interior persiste, se añade la insatisfacción y viene la angustia de no encontrar respuestas a la medida de las aspiraciones.

Ante ese panorama se presentan dos caminos posibles. Por un lado, el camino fácil de la mediocridad, de los caprichos y gustos personales. La búsqueda desordenada de falaces compensaciones y apegos, que sólo sirven para alejarse cada vez más del anhelo interior de felicidad. Camino que lleva a una esclavitud que poco a poco termina por hundir a la persona, alejándola cada vez más de un sentido auténtico para la vida.

---

[8] «En sentido etimológico, la "concupiscencia" puede designar toda forma vehemente de deseo humano. La teología cristiana le ha dado el sentido particular de un movimiento del apetito sensible que contraría la obra de la razón humana. El apóstol san Pablo la identifica con la lucha que la "carne" sostiene contra el "espíritu". Procede de la desobediencia del primer pecado. Desordena las facultades morales del hombre, y, sin ser una falta en sí misma, le inclina a cometer pecados.» (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2515, Bilbao, Grafo, 1997)

[9] «Más aún, hay en el ser humano un *impulso* que lo conduce a la búsqueda del encuentro con Dios, de la comunión con Él. Hay que recordar que en la Sagrada Escritura leemos con claridad que Dios creó al ser humano para que lo buscase con todo su corazón y lo encontrase» (FIGARI, Luis Fernando, *Nostalgia de Infinito*, Lima, Fondo Editorial, 2002, p.10)

Infelizmente es el camino de la mayoría. Es el camino más amplio, de bajada. El más ancho, el que no implica esfuerzo. Es la senda de la superficialidad, la rutina, el dejarse llevar por la masa, la vida inauténtica.

Por otro lado, está el camino de la virtud - esfuerzo, constancia, dedicación, sacrificio, generosidad. Es el camino de la verdadera realización. Obviamente esta opción es más difícil, pero está en juego la felicidad. Esta en juego el acceder a un sentido profundo y verdadero para la vida. Para ello debemos asumirla como una aventura, superando los miedos e inseguridades, dejando de lado la preocupación por el qué dirán y testimoniar ante los demás una opción que vaya contra corriente.

En primer lugar recurramos a la denotación de la palabra "virtud" que podemos encontrar en el diccionario: "Virtud" viene del latín «"virtus", virtutis (de vir): conjunto de cualidades que dan al hombre o a los demás seres su valor físico y moral: carácter distintivo del hombre, cualidad característica, índole propia de un ser, naturaleza. Mérito esencial, facultad de obrar.»[10] Veamos ahora una definición proveniente de un diccionario filosófico. Podemos tener una aproximación metafísica: "cualidad que perfecciona intrínsecamente una facultad y condiciona su buen ejercicio"; o moral: disposición estable para obrar bien, adquirida a la luz de la razón y teniendo la facultad por sujeto inmediato, ejercitada por la voluntad.[11] Vulgarmente significa una potencia activa o energía. En griego se dice "areté". Es aquello que hace que cada cosa sea lo que es. Ser auténtico. Es lo que caracteriza al hombre.[12] Es interesante notar la congruencia entre las definiciones metafísicas de Regis Jolivet y Jose Ferrater Mora al decir que la virtud permite que se alcance la perfección o autenticidad de un sujeto. Todas estas son definiciones de filósofos de corriente claramente tomistas.

Obviamente la opción por vivir la virtud es el camino más difícil. Pero todos sabemos por la experiencia de vida que todo lo bueno y que vale la pena siempre implica un esfuerzo. Normalmente el camino equivocado siempre se presenta como el camino más fácil. El que opta por la virtud es auténtico, elige encontrar la verdad de si

---

[10] BLANQUEZ FRAILE, Agustino, *Diccionario Manual Latino-español*, Barcelona, Editorial Ramon Sopena, 1984, p.539
[11] JOLIVET, Regis, *Diccionario de Filosofía*, p.186, Buenos Aires, Club de Lectores, 1989,
[12] FERRATER MORA, Jose, *Diccionario de filosofía de bolsillo*, p.764-765, Madrid, Alianza Editorial, 1992

mismo. Es un camino lleno de aventuras, retos, altos ideales. Es el camino por el que se llega a la tan anhelada felicidad. Sólo el que elige este camino podrá satisfacer sus expectativas más altas. Es el camino más angosto, más difícil, pero que trae su recompensa.

¿Cómo hacer para vivir así? ¿Cuál es la clave para alcanzar una vida llena de sentido? Una vida que responda a los anhelos más profundos del ser humano. La respuesta la venimos ensayando cuando hablamos de vivir la virtud, pero aplicarla a la vida implica un esfuerzo considerable de nuestra parte. Aún más si tenemos en cuenta que vivimos una cultura que exalta la comodidad exagerada, la ley del capricho, del gusto y disgusto, de la opción por lo más fácil, etc…

La pregunta que debemos hacer naturalmente es: ¿cómo se vive la virtud? ¿Cómo se hace concreta en nuestra vida? Uno empieza por hacer actos que son virtuosos, aunque al principio no tenga necesariamente un conocimiento reflexivo de esos actos y a veces sin elegirlos deliberadamente como buenos, sino sólo por una disposición habitual adquirida por estar en un ambiente sano.

«Todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud y cosa digna de elogio, todo eso tenedlo en cuenta» (*Flp* 4, 8). La virtud se forma como un hábito positivo en búsqueda del bien para el hombre. No sólo se trata de buscar el bien sino que es un esfuerzo por dar lo mejor de si mismo, entregando todas las fuerzas sensibles y espirituales. Es decir, involucra toda la persona humana. Implica una actitud firme. Un esfuerzo del entendimiento y de la voluntad en vista a una buena obra. Regula las pasiones según la razón y una orientación moralmente buena. Para alcanzar esa virtud hay que disponer todas las fuerzas del espíritu y encontrar la armonía del propio ser.[13]

> «Los bienes verdaderos del hombre son los espirituales; éstos consisten en la virtud de su alma, y precisamente en la virtud está la felicidad. La felicidad es una actividad propia de la virtud del alma, que es lo más excelso en el hombre».[14]

El caso ideal es la formación de un niño que es guiado por sus padres, y poco a poco es dirigido al bien. En la medida que haga actos buenos se irá formando

[13] Catecismo de la Iglesia Católica, n.1803-1804
[14] REALE, Giovanni, *Introducción a Aristóteles*, Barcelona, Editorial Herder, 1992, p.101

gradualmente un hábito bueno, y a medida que avance el proceso educativo, el niño llegará a comprender que optar por el bien es lo mejor, y sus opciones ya serán algo consciente y libre. Así la virtud es una disposición que se desenvuelve a partir de una capacidad mediante el ejercicio apropiado de esta capacidad.[15] Este es un ejemplo de un caso ideal, es decir, formar un niño en la vivencia de la virtud desde temprana edad.

Dejemos un poco en el tintero cómo comprenden filósofos tomistas el tema de la virtud. Adentrémonos ahora con más detenimiento qué nos dice Aristóteles sobre ella. En la medida que la persona se forma y se forja en la vivencia de la virtud completa la buena disposición personal y asegura la ejecución perfecta de la propia naturaleza. Por ejemplo, la virtud del ojo es que vea bien y que sea bueno. En el caso del hombre es una manera de ser moral, que hace que sea bueno.[16]

Esa opción buena es el justo medio entre dos posturas contrapuestas. Los actos pueden pecar por defecto o por exceso. En ambos casos es una falta. El medio es únicamente digno de alabanza, porque sólo él está en la exacta y debida medida. Así la virtud es una especie de medio.[17] Una pregunta natural a hacerse es ¿qué se entiende por el "justo medio"?

Debemos tener en cuenta que ese medio no se trata de una opción por la mediocridad o tibieza. Decimos medio en relación a la definición de las acciones, en relación a su esencia, o su significado. Si nos refiriéramos a su perfección o a su bondad diríamos que es lo más excelente, lo más perfecto. «He aquí por qué a la virtud, tomada en su esencia y bajo el punto de vista de la definición que expresa lo que ella es, debe mirársela como un medio. Pero con relación a la perfección y al bien, la virtud es un extremo y una cúspide»[18]

Otro elemento a considerar es que la virtud buena es una opción única. Es decir, mientras la opción por lo malo, por el vicio, permite una gran variedad de posibilidades, ya sea por defecto, ya sea por exceso, la opción por lo bueno es una única posibilidad,

---

[15] COPLESTON, Frederick, *Historia de la Filosofía v.I,* Barcelona, Editorial Ariel, 1994, pág.335, parr.3
[16] *Eth. Nic*, II, 4, 1106a
[17] *idem*, 1106b
[18] *idem*, 1107a

propiamente el justo medio. De ahí que el mal siempre es mucho más fácil y el bien implica esfuerzo, dedicación, fidelidad.[19]

Así vemos que la opción por lo bueno, por lo verdadero, ese principio filosófico explicitado por Aristóteles, trata de una realidad vital. Se trata de una opción moral que implica toda la vida de la persona. No es sólo una teoría interesante. Interviene la razón, que tiene que dilucidar cuál es esa opción, y la voluntad que nos mueve a elegir ese camino.

Haciendo ahora referencia a Santo Tomás, él deja claro, comentando este punto desarrollado por Aristóteles, como la virtud es la opción más difícil y única en medio a muchas posibles opciones equivocadas[20]:

> «El bien acontece por una sola e íntegra causa, el mal, en cambio, por cada uno de los defectos; como se ve claro en el bien y el mal corporales. La fealdad, que es un mal de la forma corporal, acontece por cualquier miembro que se tenga con alguna deformidad. En cambio, la belleza no acontece si todos los miembros no están bien proporcionados y coloreados. De modo similar, la enfermedad, que es un mal de la complexión corporal, proviene de un solo desorden de cualquier humor, pero la salud no es posible, sino a partir de la debida proporción de todos los humores. Al igual que pecar en la acción humana acontece por cualquiera de las circunstancias que se tenga desordenadamente de alguna manera, sea por exceso, sea por defecto. No podrá haber rectitud en la acción humana a no ser que todas las circunstancias están ordenadas del modo debido. Por eso, como la salud o la belleza acontecen de un solo modo, pero la enfermedad y la fealdad de muchos o, más bien, de infinitos modos, así también la rectitud de la operación acontece de un sólo modo; pero la falta en la acción acontece de infinitos modos. Por eso, pecar es fácil, porque acontece de múltiples modos. En cambio, actuar con rectitud es difícil, porque no acontece sino de un solo modo.»[21]

¿Cuáles son los frutos concretos de una persona que opta por vivir la virtud? Para empezar permite alcanzar un *señorío de sí mismo*. Es decir, un dominio personal dirigido por la propia voluntad, gracias a una conciencia personal[22] aguda que permite un auto-conocimiento y manejo personal. Se trata de ser dueño de si mismo, señor de la propia vida. Tomar las riendas de la propia existencia y no dejarse llevar por las

---

[19] *idem*, 1106b

[20] «Luchad por entrar por la puerta estrecha, porque, os digo, muchos pretenderán entrar y no podrán» (*Lc* 13, 24); «Entrad por la entrada estrecha; porque ancha es la entrada y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella; mas que estrecha la entrada y qué angosto el camino que lleva a la Vida!; y pocos son los que lo encuentran» (*Mt* 7, 13-14)

[21] AQUINO, Santo Tomas, *Comentario a la Ética de Nicómaco*, EUNSA, Navarra, 2001, n.201

[22] «La exhortación *Conócete a ti mismo* estaba esculpida sobre el dintel del templo de Delfos, para testimoniar una verdad fundamental que debe ser asumida como regla mínima por todo hombre deseoso de distinguirse, en medio de toda la creación, calificándose como "hombre" precisamente en cuanto "conocedor de sí mismo"» (JUAN PABLO II, *Fides et Ratio*,n.1, Lima, Ediciones Paulinas, 1988)

veleidades de la vida, no regirse por la inconstancia de los sentimientos que van y vienen. La persona que es señor de si mismo ha aprendido a controlar las riendas de la propia vida. Dicho de una manera más coloquial, "la vida no se le pasa por encima". Sino que tiene las cosas bajo control y sabe a donde esta dirigiendo su vida. Su vida responde a opciones concientes y responsablemente elegidas.

Otra característica que la virtud nos lleva a vivir es la *grandeza de espíritu.* Alcanzar una realización personal principalmente en nuestra dimensión espiritual. Esto exige un esfuerzo teórico que nos lleve hasta la contemplación de lo divino. Tiene que ver con la magnanimidad (magna: gran; anima: alma)[23] y generosidad del hombre que rige su conducta por ideales y valores elevados. Es el hombre que busca y tiene grandes horizontes, que no se contenta con lo poco, con la mediocridad. Esta búsqueda trascendente brota de la capacidad intelectual y espiritual que todo hombre tiene. Es alguien que se esfuerza y se dedica por alcanzar la máxima realización personal. Es alguien generoso, entregado, servicial, que no tiene miedo de emprender grandes aventuras, que se lanza a conquistar nobles ideales. Hombres de este tipo fieles a su identidad más profunda no existen por doquier.

Otra realidad que el virtuoso alcanza es el *sentido del deber*. Se entiende como una conciencia de la responsabilidad frente a las metas e ideales que lo lleva más allá de sus propios caprichos y gustos. El que tiene ese sentido no se deja llevar por sus visiones subjetivistas sino que se guía por una conciencia firme de la verdad, de lo que corresponde en cada momento. Además, el virtuoso no se ve atado por ideales rastreros y mezquinos; se descubre libre de lo contingente y va en busca de lo que trasciende la rutina de lo cotidiano. La rutina diaria no lo satisface, su corazón anhela algo más. Hace lo que tiene que hacer, poniendo el deber por encima de cualquier otra cosa. Normalmente es una persona en quien se puede confiar, puesto que nunca te defrauda.

Una persona así es capaz de vivir la *libertad* auténtica. Se hace disponible. Se dispone y rige su voluntad según la verdad. Libremente va construyendo su vida en

[23] «Naturaleza de la magnanimidad: la *magnanimidad* regula la mente en relación con todo lo que es grande y honorable; anima todas las demás virtudes, incitándolas a orientarse preferentemente hacia todo lo que sabe a grandeza. Presente en todo hábito virtuoso como parte integrante, la magnanimidad es, sin embargo, una virtud autónoma, ya que considera solamente el aspecto de grandeza.» (ANCILLI, Ermanno, *Diccionario de Espiritualidad*, tomo II, p.526, Barcelona, Herder, 1987)

vistas a una auto posesión. Poco a poco se va realizando como persona, siendo fiel a su propia identidad.

La virtud implica también una *lucha heroica* en la que se prueba el sacrificio, la entrega. Así, de a pocos, el virtuoso se hace dueño de sus impulsos interiores y se encamina a la verdad, conociéndose a si mismo.[24] Muchas veces tiene que nadar "contra corriente". Es decir, ser virtuoso hoy en día se ha vuelto algo pasado de moda. Cada uno hace lo que le da la gana, guiándose por sus propias visiones de la vida, que generalmente no corresponden con la verdad. Así el que quiere vivir virtuosamente debe esforzarse heroicamente también para ser coherente en medio de incomprensiones al menos iniciales.

Entonces el hombre realizado es aquél que, en primer lugar, vive la virtud. Es alguien que se esfuerza y no se contenta con un horizonte mediocre. Es aquél que libremente hace opciones que están de acuerdo a su identidad más profunda. Hoy en día diría que este tipo de persona es alguien que sobresale. El hombre realizado alcanza una serie de características – ya citadas anteriormente – que lo llevan a vivir con vistas a un horizonte trascendente que colma de sentido la propia vida. En fin, el hombre realizado es alguien feliz.

[24] VARIOS autores, *Camino hacia a Dios*, tomo I, Lima, VE, 1997, pp.132-133

Capítulo II

Vivir la Virtud

En el capítulo que sigue vamos a profundizar en el concepto de la virtud. Cómo vivirla, qué implica, qué es. Vivimos una época en la que los hombres parecen haberse olvidado de ella. Efectivamente no es algo fácil. Se trata de una opción fundamental que rige toda la vida. Es una cuestión de costumbre que se forja sobre una inclinación natural. La virtud de la prudencia, que es el motivo de este trabajo, se trata de una virtud dianoética, del intelecto, más específicamente de la razón práctica. Tiene que ver con la comprensión de la verdad pero se traduce en el esfuerzo práctico por vivirla. Finalmente veremos como la virtud es la vivencia del famoso "término medio". Es el camino angosto entre el exceso o defecto. Es una opción única que nos lleva gradualmente a la excelencia personal.

La palabra "virtud" ha variado en muchos sentidos a lo largo de la historia, además, en nuestros días, ha perdido mucho de su riqueza. MacIntyre ha traído a la palestra nuevamente el término, pero deja claro lo difícil que es darle un único significado debido a la gran variación que le han dado filósofos y pensadores a lo largo

de la historia.[25] Sin embargo, fuera del ámbito de la ética filosófica, se la escucha muy poco. Y cuando se escucha es con tono burlesco, tergiversando el verdadero sentido que tiene. Parece ser que la palabra "virtud" o "virtuoso" sólo se puede encontrar en el Catecismo o en el diccionario.[26] Es trágico como algo tan valioso ha perdido su valor en nuestra cultura. MacIntyre también hace un análisis sugerente sobre como hay problemas hoy en día que dificultan la vivencia de la virtud como la queremos desarrollar en este trabajo. Es decir, desde una perspectiva aristotélico-tomista. Socialmente hablando la modernidad ha fragmentado la vida humana en multiplicidad de segmentos. Ya no se ve la vida de una persona como un todo, como una unidad, sino como compartimentos estancos: lo corporativo y lo privado; la infancia y la ancianidad; el trabajo y el ocio. Así resulta difícil entender la virtud, que es una disposición habitual de la persona, como un ejercicio que reclama un cambio total en la vida. Es decir, la virtud se vive en todas las dimensiones de la vida. No se puede vivirla solamente a un nivel familiar y tener una actitud totalmente distinta en la oficina. Según Aristóteles alguien virtuoso lo es en todo momento. Por ello una segmentación de la vida, como sucede en nuestras sociedades, dificulta la comprensión de la virtud.[27]

> «La unidad de la virtud en la vida de alguien es inteligible sólo como característica de la vida entera, de la vida que puede ser valorada y concebida como un todo.»[28]

La perspectiva Aristotélica sobre la virtud, que es asumida y enriquecida por Santo Tomás de Aquino, es en pocas palabras el esfuerzo humano por alcanzar la perfección.[29] Quizás la razón por la que la noción de virtud ha venido a menos sea pues la visión misma del ser humano - la comprensión de quien es el hombre ha sufrido mucho. Un hombre reducido en su naturaleza se vuelve incapaz de vivir la virtud. Ya decía el papa Juan Pablo II que ésta es una época en la que se habla mucho del hombre, pero es la época en que menos se conoce el hombre[30]. Sin embargo, no es objeto de este

---

[25] MACINTYRE, Alasdair, *Tras la Virtud,* p.229, Barcelona, Crítica, 2004
[26] PIEPER, Josef, *Las Virtudes Fundamentales,* 8ta.edición, Madrid, RIALP, 2003, p.14
[27] MACINTYRE, Alasdair, *Tras la Virtud,* p.252-253
[28] Idem, p.253
[29] «La interpretación de las virtudes según el Nuevo Testamento, aunque difiere en contenido de la de Aristóteles tiene su misma estructura lógica y conceptual. Una virtud es, como para Aristóteles, una cualidad cuyo ejercicio conduce al logro del *telos* humano. (…) este paralelismo es lo que permite a Tomás de Aquino realizar la síntesis entre Aristóteles y el Nuevo Testamento.» (Cf. MACINTYRE, Alasdair, *Tras la Virtud*, p.230)
[30] «Quizá una de las más vistosas debilidades de la civilización actual esté en una inadecuada visión del hombre. La nuestra es, sin duda, la época en que más se ha escrito y hablado sobre el hombre, la época de los humanismos y del antropocentrismo. Sin embargo, paradójicamente, es también la época de las más

trabajo fundamentar la naturaleza humana, sino escudriñar el verdadero sentido de la virtud. Partamos de una premisa positiva para el ser humano: el hombre como ser capaz de alcanzar ideales nobles en vista también, e incluso principalmente, de un horizonte trascendente; como ser con una capacidad para vivir la virtud.

Tengamos como presupuesto que vivir la virtud no es algo fácil. Implica un ejercicio libre de la inteligencia y la voluntad. No se puede ser virtuoso de la noche a la mañana. Es una manera de vivir que se va construyendo con el tiempo. Por ello cuanto más temprano uno se ejercite en la vivencia de actos virtuosos, mejor y más fácil será. Así es importantísimo que los padres eduquen a sus hijos para la virtud, para que desde temprano se habitúen a vivir así. Implica generarse un hábito. Y el hábito, como sabemos, se forja con la intensidad y la frecuencia.

Como todo ejercicio exige esfuerzo y dedicación, hay que quererlo. La actitud de fondo debe ser quererlo con todo el corazón. El que no quiere nunca será virtuoso. El que lo quiere, le podrá costar, a unos más a otros menos, pero lo va a conseguir. Me refiero a una actitud fundamental, una actitud radical, sobre la cual se construyen todas las demás opciones. Querer ser virtuoso debe ser una opción fundamental que oriente la vida.

Se trata de un ejercicio por lo que no es algo que viene por naturaleza. Lo que es por naturaleza no varía por la costumbre, y la virtud justamente se adquiere y cambia según la costumbre. Por ejemplo, una piedra siempre es llevada hacia abajo por más que se la tire hacia arriba. No cambia su natural atracción hacia abajo. Nunca va a cambiar ese principio de acción por naturaleza. La costumbre no puede variar su naturaleza.[31] También las facultades de los sentidos las tenemos por naturaleza. No es necesario ejercitarse en la facultad de la vista. Simplemente nacemos naturalmente con la posibilidad de ver. Eso lo tenemos por naturaleza. Lo mismo pasa con el gusto, el tacto, el olfato y el oído. No hay que ejercitarse. Mientras que en el ejemplo de la generosidad

---

hondas angustias del hombre respecto de su identidad y destino, del rebajamiento del hombre a niveles antes insospechados, época de valores humanos conculcados como jamás lo fueron antes». (S.S. JUAN PABLO II, Discurso Inaugural, en el Documento de Puebla III Conferencia Episcopal del Episcopado Latinoamericano, I.9, Lima, Editorial Labrusa, 1979)

[31] AQUINO, Santo Tomás de, *comentario a la Ética de Nicómaco, n.*155, Navarra, EUNSA, 2001

vemos que un niño no es naturalmente así, sino que sus padres lo tienen que ir educando para que así lo sea.

No obstante debemos decir que hay muchas cosas que adquirimos por la costumbre que vienen de una inclinación natural. Es decir, tienen una base en la misma naturaleza humana. La costumbre y el ejercicio habitual potencian una inclinación propia de la naturaleza. Es decir, en la medida que se repitan los actos de generosidad se forjará la capacidad natural de ser generoso. Las virtudes son adquiridas después de practicarlas, así como sucede con las artes. Cualquier arte para poseerla se necesita aprender, practicar. Uno se vuelve físico en la medida que estudia física, que se forma, que la practica. Pintor en la medida que pinta, que practica la pintura, que estudia y se dedica. Así también, uno se hace virtuoso en tanto cuanto quiera y se esfuerce habitualmente por vivir así.

> «Luego es claro que las virtudes morales no están en nosotros por naturaleza ni contra la naturaleza, sino que tenemos un aptitud natural para recibirlas, en cuanto la fuerza o potencia apetitiva es costosa, es naturalmente apta para obedecer a la razón. Pero son perfeccionadas por la costumbre: si actuamos muchas veces conforme a la razón se imprime en la potencia apetitiva la forma de la razón. Esa impresión no es sino la virtud moral.»[32]

Hay virtudes de dos tipos: las intelectuales, o llamadas dianoéticas; y las morales, conocidas como éticas.

> «Se pueden clasificar las virtudes de muy diversas otras maneras. Por lo pronto, las virtudes cardinales pueden ser, como en Aristóteles, éticas (morales) y dianoéticas (intelectuales).»[33]

Aristóteles lo explica en el siguiente pasaje:

> «Habiendo, pues, dos maneras de virtudes, una del entendimiento y otra de las costumbres, la del entendimiento, por la mayor parte, nace de la doctrina y crece con la doctrina, por lo cual tiene necesidad de tiempo y experiencia; pero la moral procede de la costumbre.»[34]

Las virtudes dianoéticas son características de la parte más elevada del alma, es decir, del alma racional. Son las virtudes de la razón. Puesto que son dos las partes o funciones del alma racional, una la que conoce las cosas contingentes y variables, la otra la que conoce las cosas necesarias e inmutables, es natural que haya una perfección o

---

[32] AQUINO, Santo Tomás de, *comentario a la Ética de Nicómaco*, n.155, parr.2
[33] MORA, Ferrater, *Diccionario de Filosofía de Bolsillo*, p.769, Madrid, Alianza Editorial, 1992
[34] ARISTÓTELES, *Eth, Nic.*, II, 1, 1103a, Barcelona, folio, 2002

virtud de la primera función y una perfección o virtud de la segunda función del alma racional. Se trata, respectivamente, de la *razón práctica* y la *razón teorética*. Cuyas virtudes son: la prudencia y la sabiduría.[35]

> «La prudencia consiste en saber dirigir correctamente la vida del hombre, saber deliberar en torno a lo que es bueno o malo para el hombre. La phronesis o prudencia ayuda a deliberar correctamente acerca de los verdaderos fines del hombre, en el sentido que señala los medios idóneos para alcanzar los fines verdaderos. La otra es la virtud de la sabiduría.»[36]

La más perfecta ciencia de todas es la sabiduría. El sabio entiende los principios universales y sus alcances y la verdad que implican.[37]

> «La virtud intelectual se genera y se acrecienta en mayor medida por la enseñanza. La razón es porque la virtud intelectual se ordena al conocimiento, que adquirimos por la enseñanza más que por el descubrimiento. Hay muchos que pueden conocer la verdad aprendiéndola de otros más que descubriéndola por sí mismos. Muchas cosas se descubren porque se las aprende de otro, más que porque se las descubre por uno mismo. En el aprender no se procede al infinito, por eso, es preciso que los hombres conozcan muchas cosas descubriéndolas. Como todo nuestro conocimiento tiene su origen por el sentido, y al sentir algo repetidas veces se hace la experiencia, en consecuencia al virtud intelectual requiere de la experiencia por largo tiempo.»[38]

La virtud moral necesita experiencia y tiempo. Las virtudes morales nos son más conocidas y por medio de ellas nos disponemos para las intelectuales. La virtud moral esta en la parte apetitiva, por eso supone cierta inclinación a algo apetecible. Se trata de un hábito o costumbre. «Es pues la virtud un hábito voluntario»[39]. Es un hábito que afecta la voluntad. Hablando de un modo más específico, Aristóteles, no obstante haga referencia a obras voluntarias[40], y, además, en algunas traducciones se utilice la palabra "voluntad"[41], entiende lo que nosotros llamamos "voluntad" como el "apetito". Para constatarlo veamos el siguiente pasaje:

> «Tres cosas, pues, hay en el alma, que son el origen de un hecho y de la verdad: el sentido, el entendimiento, el **apetito**. De estas tres cosas el sentido no es principio de hecho ninguno, lo cual se ve claramente en las fieras (…) Lo que es, pues, en el entendimiento la afirmación y negación, lo mismo es en el apetito el seguir y el rehusar».[42]

---

[35] REALE, Giovanni, *Introducción a Aristóteles*, Barcelona, HERDER, 1992, p.106
[36] REALE, Giovanni, *Introducción a Aristóteles*, Barcelona, HERDER, 1992, p.106
[37] idem., VI, 7, 1141a
[38] AQUINO, Santo Tomás de, C*omentario a la Ética de Nicómaco*, n.154, parr.1
[39] ARISTÓTELES, *Eth, Nic.*, II, 6, 1107a
[40] Cf. ARISTÓTELES, *Eth, Nic.*,VI, 2, 1139a - «De manera que, pues la moral virtud es hábito escogido **voluntariamente**, y la elección **voluntaria** es apetito puesto en consulta…»
[41] Cf. ARISTÓTELES, *Eth, Nic.*,VI, 12, 1144ª - «…según parece, para que uno sea bueno, (…) que las haga de su propria **voluntad**».
[42] ARISTÓTELES, *Eth, Nic.*,VI, 2, 1139a

A partir de ahora para facilitar la interpretación de los textos aristotélicos, teniendo en consideración lo dicho anteriormente sobre la voluntad y como Aristóteles mismo aplica a los hechos humanos la palabra "voluntario", usaremos el término "voluntad" en vez de "apetito" cuando hacemos referencia a las virtudes morales, que afectan esa facultad. Además, la reflexión en este trabajo se fundamenta también en Santo Tomás de Aquino, que utiliza el concepto "voluntad" para explicar, por ejemplo, las virtudes morales. En el autor René Simon, que es de la corriente tomista, queda explícito lo explicado:

> «Otra cosa sucede con las virtudes morales (…) El buen uso que crean en la capacidad está asegurado por el hecho de que la voluntad es buena. (…) Las virtudes de este segundo grupo se encuentran o en la misma voluntad o en otra facultad que depende de la voluntad».[43]

Esa virtud se dice que es una segunda naturaleza en cuanto que moldea la misma naturaleza. Es decir, una persona nunca va a ser generosa por naturaleza. Al menos para Aristóteles, para el cual la virtud no consiste simplemente en algún tipo de predisposición espontánea, irrefleja, sino en un entendimiento inteligente y deliberado que forma y dirige la vida. Tiene que esforzarse y habituarse a serlo. No obstante ese hábito nunca va contra la naturaleza. ¿Qué significa eso? Que las personas tienen una disposición natural para vivir las virtudes, pero que necesitan ser trabajadas. Y ese trabajo poco a poco va moldeando la naturaleza.

> «Las virtudes éticas se derivan en nosotros de la costumbre. El hombre es por naturaleza potencialmente capaz de formarlas y, mediante el ejercicio, traduce esta potencialidad en actualidad.»[44]

La virtud es algo práctico que necesita el esfuerzo racional, esta de acuerdo con la razón, que se relaciona con la verdad. Es decir, el virtuoso vive y se esfuerza por ser fiel a la verdad. No sólo a la verdad objetiva sino a su propia identidad. Es necesario conocerse, conocer la propia naturaleza, de que se es capaz. Las propias capacidades, y desarrollarlas utilizando la razón. Depende de la rectitud de la razón. La virtud es el extremo del bien, que se busca y se alcanza por medio de la razón.

> «Por tanto, el bien corresponde a la virtud moral según que sigue a la recta razón; pero el mal a uno y otro vicio, o sea, tanto por abuso como por defecto, en cuanto se aleja de la recta razón. Luego, según la razón de bondad y de malicia ambos vicios están en un extremo, en el extremo

[43] SIMON, René, *Moral*, p.333, Barcelona, Editorial Herder, 1987
[44] REALE, Giovanni, *Introducción a Aristóteles*, Barcelona, HERDER, 1992, p.103

> del mal, que se alcanza según su alejamiento de la razón. La virtud en cambio está en el otro extremo, en el extremo del bien, que se alcanza según que sigue a la razón.»[45]

Vivir la virtud no sólo esta relacionado con la razón, sino que esta íntimamente vinculado con nuestra voluntad. Debemos aprender a ejercitarnos en la voluntad. Debemos tener una voluntad firme, recia, que nos permita optar por la virtud. Es necesario forjar la voluntad, fortalecer la voluntad. Para vivir la virtud hay que tener una fuerza de voluntad buena que se adquiere por la constancia en actos óptimos: constancia que inicialmente se vive como un verdadero ejercicio, esfuerzo, disciplina que permita optar por la puerta estrecha y no dejarse valer de las emociones o sentimientos o gustos y disgustos que cambien y se acomodan al propio capricho personal.

> «Además, puede uno conducirse mal de mil maneras diferentes, porque el mal pertenece a lo infinito, como oportunamente lo han representado los pitagóricos; pero el bien pertenece a lo finito, puesto que no puede uno conducirse bien sino de una sola manera. He aquí cómo el mal es tan fácil, y el bien, por lo contrario, tan difícil, porque, en efecto, es fácil no lograr una cosa, y difícil conseguirla. He aquí también, por que el exceso y el defecto pertenecen juntos al vicio; mientras que sólo el medio pertenece a la virtud.»[46]

En otras palabras (específicamente cuanto a la voluntad), la virtud se forma en la medida que la persona forje su voluntad. El hábito se hará más fuerte cuanto más intensa sea la experiencia vivida y en la medida que más veces se repita el acto.

Entonces la virtud moral, implica la razón y la voluntad, por lo cual decimos que es un acto humano, y que nos hace más humanos. Pero como ya hemos visto, la virtud implica la justa proporción que es la vía media entre dos excesos: se trata, es decir, de una vía media humana, que integre también las dimensiones afectivas y pasionales. “Exceso”, “defecto” y “justo medio” referidos a los sentimientos, pasiones y acciones. Es la posición media entre dos extremos de la pasión. Esta posición media no es la mediocridad, sino su antítesis; el justo medio está claramente por encima de los dos extremos. Constituye la cima, el punto más elevado desde la perspectiva del valor. Como ya hemos visto con Aristóteles, la virtud cuanto a su esencia y naturaleza es un término medio, pero respecto al bien y a la perfección se encuentra en el punto más elevado.[47]

---

[45] AQUINO, Santo Tomas de, *Comentario a la Ética de Nicómaco, 205*
[46] *Ética Nicómaco*, II, 4, 1106b
[47] REALE, Giovanni, *Introducción a Aristóteles*, p.104

El medio entre el defecto y el exceso (salvaguardando siempre las condiciones esenciales de una creciente buena disposición a la naturaleza humana común a todos) se aplica distintamente para cada persona. Es decir, el medio término es diferente en cada persona. Dependiendo de las características personales uno puede ser más generoso que el otro; otro puede hacer más ejercicios; otro puede ser más estudioso. Depende de la propia identidad. Por ello decíamos que es importante el propio conocimiento personal.

Por lo tanto, la virtud es una manera de ser muy personalizada. «Este medio término está muy distante de ser uno o lo mismo para todos los hombres.»[48] La excelencia que todos tenemos que alcanzar es muy distinta en cada persona. Unos pueden ser mejores en ciertas cosas que otros, pero todos deben ser virtuosos, todos deben buscar la excelencia. Cada uno según sus propias capacidades y posibilidades. Siempre esforzándose al máximo en las distintas circunstancias de la vida.

La virtud se puede corromper por exceso o por defecto. Veamos el ejemplo con relación al cuerpo. La fuerza corporal se puede corromper por un exceso de gimnasia. Del mismo modo, por defecto se corrompe la fuerza corporal, pues por su falta de ejercicios los miembros se tornan blandos y débiles. Por lo tanto la virtud se forma con las operaciones que están en un justo medio, según la recta razón.

Como ya hemos dicho la virtud se alcanza mediante la repetición de determinados actos positivos y en la medida que ellos se vuelvan hábito es mucho más fácil vivirlos. Una vez que somos templados podemos abstenernos de placeres contraproducentes con más facilidad que antes.

Sólo alcanzamos la virtud moral en la medida que obramos y actuamos rectamente. Sólo el que se esfuerza con actos concretos generosos podrá ser considerada una persona generosa.

> «De la misma manera, obrando cosas justas nos hacemos justos, y viviendo templadamente templados, y asimismo obrando cosas valerosas valerosos, lo cual se prueba por lo que se hace en las ciudades. (…) Y, por concluir con una razón: los hábitos salen conformes a los actos. Por tanto, conviene declarar qué tales han de ser los actos, pues conforme a las diferencias de ellos los hábitos ser siguen.»[49]

---

[48] *Ética Nicómaco*, II, cap.4, 1106a
[49] *Ética Nicómaco*, II, 1, 1103b

Podemos decir que la virtud, entonces, es un hábito o manera de ser. En la medida que actuemos frecuentemente con justicia alcanzaremos la virtud de la justicia, y seremos justos. La virtud se alcanza con el hábito y una vez que tienes el hábito eres virtuoso. Por eso decimos que la virtud es un hábito o manera de ser.

Este acto virtuoso no es algo que se hace por suerte. Por suerte puedes tener una acción aparentemente virtuosa. Pero para que sea realmente algo virtuoso implica una repetición, implica una intención, un objeto elegido conscientemente y libremente. La virtud viene de la repetición de actos. No es un hecho ocurrido al azar. Por ello para llegar a ser justo es necesario tener una pluralidad de actos justos.

> «La primera condición es que sepa lo que hace; segunda, que lo quiera así mediante una elección reflexiva y que quiera los actos que produce a causa de los actos mismos, y, en fin, es la tercera que al obrar, lo haga con resolución firme e inquebrantable de no obrar jamás de otra manera.»[50]

Santo Tomás también hace referencia a la forja de las virtudes por medio de hábitos voluntariamente decididos, más allá de la necesaria contemplación intelectual, y explica los pasajes arriba descritos de Aristóteles de la siguiente manera:

> «La moral no se realiza en razón de la contemplación de la verdad, como la tarea de las ciencias especulativas, sino en razón de la operación. No indagamos qué es la virtud por el sólo hecho de saber la verdad acerca de ella, sino que lo hacemos, para hacernos buenos.»[51]

Estas operaciones que pueden concretizarse en la virtud o en un vicio están siempre acompañadas del dolor o placer. Buscamos lo que nos causa placer y tratamos de evitar lo que nos trae dolor. Huimos del dolor. Por lo tanto es conveniente educar desde niño a asociar el placer con una actitud que lleve a la virtud, e imponer un castigo inteligentemente pedagógico cuando el niño opta equivocadamente.

Aristóteles dice que la persona crece con estímulos que la orientan naturalmente a la virtud. Alcanzar la virtud no es algo fácil, por eso es bueno y aconsejable valerse del placer y dolor para alcanzarla. El bueno es aquel que sabe usar esos dos sentimientos, mientras el malo los usa tergiversadamente.

> «He aquí por qué desde la primera infancia es preciso que se nos conduzca de manera que coloquemos nuestros goces y nuestros dolores en las cosas que convenga colocarlos, y en esto consiste una buena educación.»[52]

---

[50] *Ética Nicómaco*, II, 4, 1105a 31-33
[51] AQUINO, Santo Tomas de, *Comentario a la Ética de Nicómaco,* n.160

Santo Tomás hace referencia al pasaje citado de Aristóteles y esta de acuerdo en que el sentimiento de placer o dolor debe acompañar la vivencia y forja de la virtud con el fin de orientarnos rectamente en ese hábito:

> «La recta educación del joven consiste en que se acostumbre a deleitarse en las buenas obras y a entristecerse en las malas. Por eso, los que educan a los jóvenes los aplauden cuando obran bien y los reprenden cuando obran mal.»[53]

Santo Tomas, siguiendo la explicación del dolor o placer para vivir la virtud, muestra como la forja de la virtud es una exigencia que conlleva necesariamente algo de dolor. El que no esta acostumbrado para la práctica de la virtud tiene que hacerse violencia hasta que se vuelva un hábito y así mucho más fácil para vivirla. Para alguien que quiere treparse un cerro el comienzo siempre es difícil. Ver todo lo que falta y el largo camino con sus dificultades es algo que cuesta, pero cuando se llega arriba se puede ver todo el horizonte, se llena de alegría, de satisfacción.

> «Antes de tener la virtud se hace el hombre cierta violencia para obrar de este modo. Por eso, en tales operaciones se mezcla alguna tristeza. Después, una vez generado el hábito de la virtud, estas operaciones se hacen con deleite. Pues el hábito existe al modo de una naturaleza. Por eso, algo es deleitable, porque es conforme a alguien según su naturaleza.»[54]

¿Que diferencia hay entre uno que vive la virtud, o por lo menos se esfuerza, y otro que no se preocupa por vivirla? Lo que puedo garantizar es que esta persona, que se dedica y quiere ser virtuosa, alcanzará un grado mucho más elevado de humanidad. Alcanzará un grado más elevado de realización, pues la virtud es algo constructivo, algo que nos despliega como seres humanos (a la luz de nuestra siempre muy personal gama de dones y aptitudes) y en ese sentido, nos lleva a la felicidad. Sólo aquel que viva la virtud, que viva de acuerdo a su identidad, que realice y despliegue sus capacidades personales, buscando siempre la excelencia, viviendo de un modo noble, con grandes horizontes – y esto es ser virtuoso – alcanzará el fin tan anhelado por todos nosotros: la felicidad.

Finalmente, para ser virtuoso es necesario conocer la verdad y orientar la propia voluntad según ese conocimiento verdadero. Esta manera de proceder es lo propio de la

---

[52] *Ética Nicómaco*, II, 3, 1104b
[53] AQUINO, Santo Tomas de, *Comentario a la Ética de Nicómaco*, n.166
[54] AQUINO, Santo Tomas de, *Comentario a la Ética de Nicómaco*, n 165

virtud que queremos estudiar: la *phrónesis*. Es una virtud de la razón práctica, que tiene que ver con el entendimiento y la voluntad. Por eso, en el próximo capítulo vamos a detenernos a escudriñar la virtud de la prudencia, y averiguar en el último capítulo como nos puede conducir a la felicidad.

Capítulo III

La Virtud de la Prudencia

Para introducir este capítulo debemos recordar el fin último del hombre: la felicidad. Presentaremos inicialmente la prudencia como la virtud que encamina los medios necesarios para alcanzar la *eudaimonia*[55]. Es el medio excelente para ello. Para poder entender esto se hace necesario, antes de hacer una relación clara de la prudencia con la felicidad, desarrollar el concepto de esta virtud. Por ello desarrollaremos las cuestiones 47 a la 51 de la *secunda secundae* de la *Summa Theologiae*. Así tendremos una visión global de la prudencia y luego podremos discurrir su capacidad para lograr la felicidad. Por lo tanto, queda claro como abordaremos el tema de la prudencia desde una perspectiva tomista.

Si tenemos en cuenta la ética teleológica aristotélica (uno de los fundamentos de Santo Tomás de Aquino) entendemos que todos los actos humanos están encaminados al fin último que es la felicidad.

[55] Último fin del hombre: la felicidad. El *eudemonismo* es la doctrina moral de Aristóteles según la cual la beatitud es el último fin del hombre. Esta beatitud proviene del ejercicio de la razón, bajo la forma más elevada, que es la contemplación de la verdad.

> «Por tanto, las virtudes (…) nos sostendrán también en el tipo pertinente de búsqueda de lo bueno, ayudándonos a vencer los riesgos, peligros, tentaciones y distracciones que encontremos y procurándonos creciente auto conocimiento y creciente conocimiento del bien.»[56]

Por lo tanto, la prudencia – que es una virtud que orienta la conducta moral del ser humano - busca inteligentemente elegir los actos adecuados para alcanzar la felicidad, que es el fin último al cual encaminamos todas nuestras acciones. Se adquiere por el propio esfuerzo y es directiva de los actos humanos al fin último natural de toda la vida.

La razón natural es quien se encarga de imponer el fin a las virtudes morales (sindéresis[57] – sentido moral) y no la prudencia. Por un anhelo profundo queremos ser felices, la razón natural así lo quiere, y pone la felicidad como el fin de nuestros actos morales. La prudencia encuentra los medios para lograrlo. Es decir, orienta nuestras acciones para alcanzar ese fin. Entonces, la sindéresis mueve a la prudencia orientándola a un fin específico, pero la prudencia es quien dispone los medios para dicho fin.[58] Es decir, le toca a la prudencia determinar cómo y por qué vías debe alcanzar con sus actos ese fin.

La prudencia esta orientada a ordenar y regular todas las acciones humanas a su verdadero fin. Los actos humanos son su objeto o materia de "estudio" (en el sentido etimológico latino, de "atención altamente motivada"), regulándolo y dirigiéndolo en toda las circunstancias particulares. Es una virtud del intelecto que habilita al hombre en lo moral para dirigirse rectamente en la elección de los medios conducentes a su felicidad. Se trata de usar la inteligencia para encaminar rectamente las acciones morales.

> «La virtud de la prudencia debe ser tratada aparte. Es *intelectual* por parte del sujeto, el intelecto práctico que perfecciona habilitándolo para la dirección de la conducta humana, y es moral por la rectitud que esta dirección presupone en la voluntad.»[59]

---

[56] MACINTYRE, Alasdair, *Tras la Virtud*, p.270, Barcelona, Crítica, 2004
[57] Es el sentido moral como hábito de los primeros principios, por los que se puede distinguir el bien y el mal.
[58] *Summa Teológica*, II-II, q.47, a.6, Madrid, B.A.C, 1956
[59] SIMON, René, *Moral*, p.333-334, Barcelona, Editorial Herder, 1987

Su función es elegir los medios necesarios para alcanzar un determinado fin. No impone el fin propiamente, sino qué medios son necesarios para lograr ese fin[60]. ¿Dónde reside entonces la virtud de la prudencia? ¿En el entendimiento o la voluntad?

El prudente necesita conocer los principios universales apuntando a los particulares, en los cuales aplica los universales.[61] Por consiguiente, la prudencia no sólo realiza la esencia de virtud como intelectual, sino también la noción propia de las virtudes morales.[62] Es pues evidente que la prudencia es virtud especial distinta de todas las demás. Versa sobre la actividad del sujeto que obra, pero a su vez se distingue de las virtudes morales ya que reside en el entendimiento.[63]

La prudencia aplica los principios universales en las acciones particulares eligiendo los medios necesarios de la obra. Entonces, que importante es el conocimiento de la Verdad – como principio universal – si se quiere obrar rectamente. Pero esto es otro tema. Sólo lo menciono para descubrir una relación de la Verdad con la felicidad. La prudencia es la virtud que permite enlazar ese trascendental con el sentido último del hombre.

Es necesario encontrar y descubrir la manera adecuada para alcanzar la tan deseada *eudaimonía*. Como ya hemos dicho anteriormente las personas tienen distintas maneras de acercarse a la búsqueda por el sentido de la vida. Lo que quiero sostener es cómo la virtud de la prudencia puede ser una riquísima orientación para encaminarse hacia ese objetivo final. Pero primero quiero empezar recurriendo al tratado sobre la prudencia de Santo Tomás en la *Suma Teológica* para entender como se vive la prudencia.

Santo Tomás se vale de Aristóteles para abordar el tema. Es famoso su comentario a la *Ética a Nicómaco*, que trata sobre la prudencia en sus libros segundo y sexto. En el primer capítulo del presente trabajo hemos desarrollado el segundo libro de

[60] Por eso defiendo la tesis que viviendo la prudencia vamos a poder encaminarnos hacia un fin, un fin último, el cual todos queremos sea la felicidad.
[61] *Summa Teológica*. II-II, q.47, a.3
[62] Ibid. II-II, q.47, a.4
[63] Ibid, II-II, q.47, a.5

la *Ética*. En el presente capítulo vamos a desarrollar las cuestiones 47 a 51 de la *Secunda Secundae* de la *Suma Teológica* (segunda parte de la segunda parte).

En la cuestión 47 Tomás trata la virtud de la **prudencia en si misma**. Divide la cuestión en un nivel personal y otro social. Esto porque no es una virtud meramente personal, sino que también se extiende a los demás, a la comunidad. Para ello considera no sólo su esencia sino su sujeto portador. La prudencia social es una extensión proporcional o semejante a la personal - en efecto, es feliz aquél que ayuda los demás a que sean felices. La felicidad no se queda encerrada en si misma, sino que tiene una dimensión social, propia de la misma naturaleza del hombre, que es un ser social por excelencia. La persona es un ser para el encuentro. Su naturaleza es la comunión. Algo opuesto a la tendencia actual al individualismo.

¿Por qué tratar el ámbito social si lo que queremos en este trabajo es buscar la felicidad personal? Lo que pasa es que la felicidad personal pasa por la felicidad de los demás. Una persona no puede ser feliz sola, necesariamente esta relacionada con los otros. No somos islas. Cuanto más felices hacemos a los demás, más felices vamos a ser nosotros mismos. Quedarse encerrado en uno mismo y no preocuparse por los demás sería una postura egoísta, enajenada de nuestra naturaleza social y, por ende sería, estrictamente hablando, viciosa, lo que es decir, frustrante, anti-realizante. Por lo tanto, la prudencia personal debe realizarse y extenderse a una prudencia que busque el bien común. Cada uno también es responsable de la vida de los demás, mejor dicho, co-responsable. La responsabilidad directa es a uno mismo, pero cada uno tiene que preocuparse por la vida de los demás, ayudándose mutuamente para obrar de tal manera que podamos alcanzar la felicidad.

> «Yo no soy capaz de buscar el bien o de ejercer las virtudes en tanto que individuo. (…) todos nosotros nos relacionamos con nuestras circunstancias en tanto que portadores de una identidad social concreta. Soy hijo o hija de alguien, primo o tío de alguien más, ciudadano de esta o aquella ciudad, miembro de este o aquel gremio o profesión; pertenezco a este clan, esta tribu, esta nación. De ahí que lo que sea bueno para mí deba ser bueno para quien habite esos papeles.»[64]

Consideremos la prudencia desde el aspecto social. Esta orientada al bien común, y así se llama "prudencia política". Es más, el que busca el bien común también

[64] MACINTYRE, Alasdair, *Tras la Virtud*, p.271, Barcelona, Crítica, 2004

busca el bien particular suyo, por dos razones. En primer lugar porque el bien particular no puede subsistir sin el bien común de la familia, ciudad o de la patria. En segundo lugar porque siendo el hombre parte de una casa y de una comunidad, debe buscar lo que es bueno para él por el prudente cuidado en torno al bien de la multitud. La parte debe estar en armonía con el todo.[65] Sin embargo no debemos equiparar la prudencia particular con la que busca el bien común. Son fines diversos, si bien nunca desconectados, el bien propio de cada uno, el bien de la familia y el bien de la ciudad y de la nación. Así según sus fines distintos, una será la prudencia propiamente tal, otra, la prudencia económica, que trate del bien común de una casa o familia, y la prudencia política, que versará acerca del bien común de la ciudad o nación. Así la política viene a ser la prudencia que esta en vista al bien común.[66]

Luego, Santo Tomás se pregunta si una persona mala puede ser prudente. Dicho de otra manera: ¿Una persona que mal encamina su libertad puede ser prudente? Como dice Aristóteles "es imposible ser prudente sin ser bueno". Por lo tanto ninguna persona mala puede ser prudente. Dicho esto vemos como la prudencia esta en consonancia con la bondad. Es decir, se trata de un ejercicio de la libertad hacia la bondad. La persona prudente se encamina hacia la bondad, y puesto que lo bueno, en última instancia, para el hombre es la felicidad, podemos decir que la prudencia es un medio que lleva a la felicidad.

Ahora dejemos de lado la prudencia en si misma, y averigüemos como es la persona prudente. A todo hombre le conviene la prudencia según su libre albedrío.[67] Que se entienda bien esto. Uno puede ser prudente si encamina rectamente su libertad. Acordémonos que la prudencia requiere la inteligencia y la voluntad, dos ingredientes claves para la libertad. Entonces, el que desarrolle verdaderamente la libertad estará disponiéndose para la prudencia. Entendamos la libertad como el encaminarse de acuerdo a la propia naturaleza, en vistas al desarrollo bueno de esa naturaleza.

Dicho esto podemos concluir como es una virtud que encamina nuestra libertad, y nos va conduciendo a ser dueños de nuestros propios actos. Nos permite alcanzar una

---

[65] *Summa Teológica*, II-II, q.47, a.10
[66] *Summa Teológica*, II-II, q.47, a.11
[67] *Summa Teológica*, II-II, q.47, a.12…«..como todo hombre, por ser racional, participa algo del gobierno según su libre albedrío, en esa medida le conviene la prudencia.»

maestría personal. Crecer en la vivencia de la libertad. Crecer en libertad. En la medida que se viva más la prudencia la persona se humaniza, pues encamina su libertad hacia su plena y auténtica realización.

Para Santo Tomás la prudencia se define como la *recta ratio agibilium*. Existirán, por lo tanto, tantas prudencias esenciales cuantas especies de recta razón de la acción humana haya. Unas se refieren al individuo o persona, otras a la sociedad o comunidad. Así una es la prudencia personal y otra la social. La social se subdivide en la prudencia familiar y otra civil o política (gubernativa, cívica y militar).

Una vez comentada la prudencia en si misma pasemos ahora a la reflexión sobre sus partes. Hay divergencias de opiniones en relación a las partes y sus significados. En este trabajo vamos a seguir la enumeración de Santo Tomás de Aquino. Hay tres suertes de partes: integrales, que son las porciones del compuesto y forman el todo (como por ejemplo las paredes, los pisos y los techos son integrales de una casa). Otras son las esenciales, pueden llamarse subjetivas, es decir, son partes de la naturaleza de la prudencia que se ven de diferentes ángulos, constituyen y dependen del sujeto; finalmente las potenciales, que participan del poder del todo para cumplir funciones secundarias o subalternas. (Por ejemplo, la vegetativa y sensitiva respecto del alma racional; el diácono respecto al presbítero).

La prudencia es una virtud particular, muy especial, puesto que es formalmente intelectual y materialmente moral: *recta ratio* – intelectual – *agibilium* – moral -. Es cognoscitiva y directiva de la acción humana. Por lo tanto sus partes integrales serán tantas cuanto sean necesarias para que en conjunto ese conocimiento y dirección de los actos humanos sea perfecto. Todo esto lo explica muy bien Santo Tomás en la respuesta de la cuestión 48 de la secunda secundae. Veamos que nos dice en la mencionada cuestión.[68]

Primeramente debemos decir que podemos distinguir un triple género de partes: “integrales”, como la pared, el techo y los cimientos son partes de una casa. Las partes integrales son las que componen la prudencia, configuran todo el cuerpo. Tienen que

[68] *Summa Teológica*. II-II, q.48, artículo único, respuesta

ver con la dimensión intelectual y la práctica. En lo cognoscitivo se divide en memoria, inteligencia o entendimiento, sagacidad, docilidad y razón. Mientras que en lo directivo se compone de una parte que decimos positiva, en la que se encuentra la previsión y la circunspección, y una negativa, que es la precaución.

"Subjetivas" o "esenciales", como la vaca y el león respecto del género animal. Estas son el mismo género de prudencia, pero específicamente distintos, es decir, son cuatro tipos distintos de la virtud de prudencia. Ya que en la parte anterior analizamos la virtud en si misma particular, ahora nos referimos a la prudencia en su dimensión colectiva. Así estudiamos la gubernativa, la cívica, la familiar y la militar.

Por último las "potenciales", como la virtud nutritiva y sensitiva en el alma. No son propiamente la prudencia, sino condiciones previas para lograr la prudencia. Como pasos previos para alcanzar rectamente la prudencia. Esas potencias son la eubulia, la synesis y la gnomo. Todas las partes mencionadas vamos a desarrollar más detalladamente a continuación

Así, pues, tres son los modos según los cuales podemos asignar partes a una virtud: en primer lugar, como partes integrales, denominación que daremos a los elementos de esa virtud que deben concurrir al acto perfecto de la misma. Además. llamamos partes subjetivas de una virtud a sus diversas especies. Así consideradas, son partes de la prudencia en sentido propio, la prudencia por la que uno se gobierna a si mismo y la prudencia ordenada al gobierno de la multitud, las cuales, como se dijo, son de distinta especie; ésta, a su vez, se diversifica según las diversas especies de multitud. Finalmente las partes potenciales de una virtud, que son virtudes adjuntas a la misma que se ordenan a otros actos o materias secundarias, porque no poseen toda la virtualidad de la virtud principal. En este sentido se asigna a la prudencia la "eubulia", que se refiere al consejo; la "sinesis" o buen sentido, para juzgar lo que sucede ordinariamente, y la "gnomo" o perspicacia, para juzgar lo que a veces se aparta de las leyes comunes. La prudencia, por su parte, se ocupa del acto principal, que es el precepto o imperio.

Habiendo ya desarrollado las cuestiones 47 – que trata sobre la prudencia en si misma vista de la perspectiva personal y social - y la 48 – que desarrolla con una visión

global las distintas partes de la prudencia - lo que vamos a explicar ahora es cada una de las partes de la prudencia mencionadas en la cuestión 48, pero algo más detalladamente. Empezamos por las integrales, luego las esenciales y, por último, las potenciales.

1. Las partes cuasi integrales de la prudencia (q.49)

Las cuasi integrales son ocho. Primero explicamos los elementos requeridos para la parte cognoscitiva de la prudencia. Acerca del pasado (memoria), del presente (entendimiento o inteligencia), de su adquisición por propia iniciativa (sagacidad), de su recepción de los demás (docilidad) y del uso del conocimiento adquirido para juzgar rectamente o descubrir nuevos matices (razón). En segundo lugar nos dedicamos a los elementos necesarios para la función directiva. Se reducen a tres: la ordenación de medios para lograr un fin (previsión), la consideración de todas las circunstancias (circunspección) y la evitación de obstáculos o dificultades (precaución).

La prudencia trata de los hechos contingentes, por lo tanto no puede regirse directamente por la verdad absoluta y necesaria, sino que aplica en los hechos contingentes la verdad adquirida por la experiencia. Así, la prudencia se desarrolla con la experiencia y el tiempo. Sabemos que esa experiencia se forma con los recuerdos, para lo cual la memoria es imprescindible. Entonces cuanto más retengamos en la memoria el procedimiento en las distintas circunstancias mejor podremos discernir como actuar en los casos particulares.[69]

Aparentemente la inteligencia no hace parte de la prudencia, puesto que la inteligencia o entendimiento se entiende clásicamente como una capacidad intelectual que conoce los primeros principios, mientras la prudencia enfoca los hechos contingentes. Sin embargo, la prudencia es *recta ratio* de las acciones. Como recta razón necesita valerse de principios que le den fundamentos a sus acciones. El entendimiento, como ya hemos dicho, es una facultad intelectual que capta los principios primeros. Entonces, el entendimiento es parte de la prudencia.[70]

[69] Ibid, II-II, q.49, a.1
[70] Ibid, II-II, q.49, a.2

Pareciera ser que la docilidad no fuese parte de la prudencia, principalmente por dos motivos. Primero porque es necesaria para toda virtud intelectual y por eso la prudencia no puede adueñársela. En segundo lugar, pues la docilidad es propia del discípulo, mientras que la prudencia es preceptiva, propia más bien del maestro. Sin embargo, puesto que la prudencia tiene por objeto las acciones particulares, y estas son infinitas, es imposible que una persona considere todas a corto plazo para saber como ser prudente, es decir, que acción tomar en dichos actos. Por lo tanto, es conveniente que se escuche la experiencia de personas más viejas y prestar atención a sus opiniones y sentencias. La docilidad es justamente esa apertura y acogida de la instrucción de otros más experimentados. Así vemos que la docilidad también es parte de la prudencia. Algo interesante, por lo tanto, es la necesidad de la humildad, puesto que uno debe aceptar que no se basta por si sólo y necesita la ayuda de los demás.[71]

Como decíamos anteriormente, el prudente forma un recto juicio de la acción. Ese juicio se forma de dos maneras: esta la sagacidad, que según la entiende Tomás, es la adquisición de una recta opinión por si mismo: una habilidad para la rápida y fácil invención del medio para lograr un fin determinado.[72] Además por la docilidad a otras opiniones o por la propia invención. Luego esta la obra de la razón, que es una investigación de distintas realidades, pudiendo así aconsejar bien. Hay que saber usar rectamente esta facultad. No se debe confundir la razón con la inteligencia - esta consiste en penetrar la verdad, mientras que la razón implica un discurso lógico.[73]

Ahora veamos las partes integrales que tienen que ver con la función directiva de la prudencia. La primera es la previsión, que trata de ordenar todo lo que sucede en el presente para lograr un determinado fin. Así, es una de las partes principales de la prudencia, puesto que disponer los medios para un fin es la función de la prudencia. Es más, etimológicamente, para Tomás, la palabra “prudencia” esta tomada de “previsión”.[74]

La circunspección es la consideración de las distintas circunstancias para el fin determinado. En la disposición de medios para alcanzar un fin concurren innumerables

[71] Ibid, II-II, q.49, a.3
[72] Ibid, II-II, q.49, a.4
[73] Ibid, II-II, q.49, a.5
[74] Ibid, II-II, q.49, a.6

circunstancias. A veces los medios y fines son buenos, pero por una determinada circunstancia se pueden volver malos. Es distinto vivir el amor desinteresado, o vivirlo como un acto de soberbia. Así la circunspección estudia las circunstancias para no pervertir el fin buscado.[75]

Además, la prudencia necesita la precaución, que trata de evitar los obstáculos que no permiten alcanzar el fin determinado.[76]

2. Partes esenciales (q.50)

Ya que anteriormente hemos tratado de la prudencia individual o personal, ahora vamos a abordar las distintas prudencias sociales: son cuatro (gubernativa, cívica o política, familiar y militar), genéricamente iguales, pero esencialmente distintas.

La función propia de la prudencia es mandar, dirigir. Por eso donde haya un régimen e imperio de los actos humanos habrá prudencia. Ahora, estamos hablando de una dirección no sólo personal, sino de toda una comunidad. La prudencia gubernativa busca justamente imperar, dirigir una comunidad, por lo tanto esta dentro de la prudencia - es la ejecución de la justicia en vistas a un bien común. Como para eso es necesario mandar, que es una función del que dirige la comunidad (Tomás lo llama el "príncipe") se necesita la prudencia.[77] Por otro lado, cada individuo o ciudadano, aunque reciba el mandato del gobernador, debe moverse utilizando su propia razón; debe mandar e imperar sobre sus propios actos, de acuerdo a lo que establece el gobernador en orden al bien común. Por lo que la prudencia del individuo no será simplemente individual, sino que se orienta al bien de la sociedad dirigida por el gobierno. Por la prudencia personal se rige el hombre en vista al propio bien, más por la política, en orden al bien común.[78]

Así como se busca por distintos medios la rectitud en la política y en lo individual, la familia también debe dirigirse a un bien determinado, pues es parte del

[75] Ibid, II-II, q.49, a.7
[76] Ibid, II-II, q.49, a.8
[77] Ibid, II-II, q.50, a.1
[78] Ibid, II-II, q.50, a.2

bien de una comunidad y esta por encima de lo individual.[79] Así también podemos hablar de una prudencia familiar o económica. La autoridad del padre es en cierta medida similar a la del que gobierna.[80]

Finalmente la prudencia militar[81]. En los asuntos de guerra es sumamente necesaria la prudencia. Esta se dirige a rechazar los ataques de los enemigos. Esto constituye, en efecto, el bien común del orden militar.[82]

3. Las Partes Potenciales o Virtudes anejas (q.51)

Son virtudes esencialmente distintas de la prudencia propiamente dicha, porciones que no participan de todo su poder y perfección. Lo potencial de la prudencia es un todo análogo que contiene partes esenciales análogas, que son potencias secundarias, las cuales participan de la prudencia. Entonces, consideradas individualmente no son virtudes, pero si están en relación con el imperio propio de la prudencia pueden ser consideradas como virtudes.

El consejo es un acto de la razón práctica ordenado al juicio, que a su vez se ordena al imperio como al acto supremo y principal. El imperio es lo principal en los actos de la razón práctica, siendo el consejo y el juicio análogos secundarios en vistas a una causalidad final, medios esencialmente ordenados al imperio como su fin. La *eubulia, sinesis y la gnomo* son prudencias diminutas, imperfectas y análogas, son las partes potenciales de la prudencia y tienen el imperio como su fin. Son esencialmente distintas pero se relacionan. El imperio necesita del consejo y el juicio para ser correcto; el juicio del consejo; pero puede darse un buen consejo sin juicio y imperio rectos - así como un juicio recto sin el imperio bien orientado. Por lo tanto, estas virtudes secundarias son imperfectas y si no terminan en el imperio, quedándose a medio camino son meras disposiciones. Para que sean verdaderas virtudes tienen que cumplirse en el

[79] Al decir que el bien de la familia está por encima del bien individual no estamos menospreciando este último. Simplemente significa que no se puede ser prudente individualmente sin una prudencia familiar. Dicho de otra manera, la prudencia individual debe reflejarse también en la prudencia familiar. Uno no puede decir que es prudente sino es capaz de vivirla con los demás familiares. Sería una mentira.
[80] Ibid, II-II, q.50, a.3
[81] La militar es la menos perfecta, pues es la que menos dura, sólo trata un determinado período de tiempo, mientras las otras duran toda la vida.
[82] Ibid, II-II, q.50, a.4

imperio. Veamos entonces si, y en qué sentido, la *eubulia*, la *synesis* y la *gnomo* son virtudes.

En primer lugar veamos el caso de la *eubulia*. Su función es aconsejar bien. Es la rectitud en el consejo. Si empleamos bien la razón, su consejo será un acto virtuoso - *eu* = bien, y *boule* = consejo, es decir "buen consejo". Lo propio de la virtud es hacer bueno el acto humano. Aconsejar implica una deliberación de la razón sobre la actividad operable. Entonces, es virtud.

Ahora, para que sea *eubulia* tiene que ser un buen consejo. Si el fin o los medios son malos entonces no es *eubulia*. Este "buen consejo" versa sobre los actos del entendimiento en orden a lo operable. Algo interesante es que un hombre virtuoso puede aconsejar bien en lo que se refiere a la virtud, aunque puede ser inhábil en asuntos y materias particulares.[83]

Con lo dicho pareciera ser que la *eubulia* no se distingue de la prudencia. Pero la gran diferencia de la prudencia es que es preceptiva. Los actos de la razón orientados a la operación son distintos: uno es el consejo, otro, un buen juicio y finalmente la rectitud del imperio. Incluso, a veces, se encuentran separados entre si. Por lo tanto, es distinto el buen consejo de la rectitud en el imperio. Más bien, debemos decir que la *eubulia* se orienta a la prudencia como a su fin. La relación es así: la *eubulia* aconseja bien en vistas al imperio, mientras que la *prudencia* es la ejecutora del buen consejo. En resumen, la *eubulia* se ordena a la prudencia, como la secundaria a la principal.[84]

La *synesis* es el buen sentido de lo moral. Es el juicio que hacemos. Sabemos que el juicio es más que el consejo, por lo tanto si decimos que el buen consejo es virtud, con más razón el juicio también lo es. Es un juicio recto en las acciones particulares. Por lo tanto, a los sensatos les dice (en griego) *sineti* o *eusineti*. Por el contrario, se llama *asyneti* o insensatos a los que carecen de dicha virtud. Para la prudencia es necesaria tanto la *eubulia* como la *synesis* bien encaminadas para lograr la virtud.[85]

---

[83] Ibid, II-II, q.51, a.1
[84] Ibid, II-II, q.51, a.2
[85] Ibid, II-II, q.51, a.3

La *gnomo* es una suerte de *synesis*. Se trata de perspicacia. Es algo aplicado a cosas extraordinarias. Es decir, se trata también de un juicio, pero conforme a principios superiores. Considerar todo lo que puede suceder fuera del curso normal de la naturaleza corresponde solamente a la providencia divina; pero entre los hombres, el que sea más perspicaz podrá conocer, con su inteligencia, muchas de ellas.[86]

Con lo descrito hasta aquí podemos tener una visión global del pensamiento de Santo Tomás sobre la prudencia entendida en si misma, en sus partes esenciales, integrales y potenciales. Mi intención es tener una idea base sobre dicha virtud para poder, a partir de ahora, averiguar, profundizar y comentar como la prudencia es virtud de primer orden para que el hombre se encamine hacia la felicidad.

[86] Ibid, II-II, q.51, a.4

Capítulo IV

El Camino a la Felicidad

En este último capítulo vamos a hacer la relación de la virtud de la prudencia con la búsqueda de la felicidad. Para ello vamos a dejar claro la manera de alcanzar la felicidad y como la vivencia de la prudencia, orientada por la sabiduría, permite dirigirnos en ese sentido. Por lo cual se hace necesario remitirnos a la relación que tienen la sabiduría y la prudencia.

¿Es la virtud un medio para ser feliz o ser virtuoso y ser feliz es lo mismo? La respuesta no es tan sencilla. En un sentido la persona virtuosa es feliz, el que vive la virtud es feliz. Sin embargo, debemos decir que eso no significa que virtud es igual a felicidad, sino que la virtud es una condición para la felicidad. Vivir la virtud nos encamina a la felicidad. Lo que sostenemos en esta tesis es que para ser feliz la persona debe vivir prudentemente, llevando a la práctica cotidiana lo contemplado por medio de la sabiduría. La prudencia por su dimensión cognoscitiva puede abrirse a esa contemplación, y por su dimensión voluntaria la lleva a la acción particular.

Para eso estamos teniendo como presupuesto una profunda relación entre la prudencia y la sabiduría. Este punto tiene una histórica disputa.[87] Quiero mencionar que algunos filósofos – por ejemplo Jaeger o Copleston – son de la teoría que para Aristóteles en su último escrito sobre ética – *Ética a Nicómaco* - la prudencia no se relaciona con la sabiduría. Esto ya lo vamos a desarrollar con más detenimiento adelante. Anteriormente está la postura platónica, en la cual se dice que la phronesis es como la sophia, es decir, se trata de una especulación metafísica. Esta postura, en la cual sophia y phronesis se equiparan, metafísica y ética están unidas, era propia de los pré-socráticos, y se degrada con los sofistas, que separan la ética de la metafísica. Sócrates y Platón vuelven a unir el logos y ethos.[88]

> «Toda la filosofía griega se caracterizaba por la oscilación entre el ideal de vida contemplativa y el ideal de vida política. Antes de Platón, el primero era representado por Parménides, Anaxágoras y Pitágoras, el segundo por los sofistas. El camino socrático seria un primero ensayo de conciliación, tendiendo a fundar el ideal práctico sobre una base reflexiva. Pero es Platón quien propone la verdadera síntesis de los dos ideales, haciendo del conocimiento de las Ideas, en particular la Idea del Bien, el fundamento de la propia vida política.»[89]

Aristóteles en el *Protréptico* sería de la misma postura. En la *Ética a Eudemo* Aristóteles cambiaría un poco su postura – esta obra pertenece al segundo período de Aristóteles mientras el *Protréptico* es del primer período[90] -, en la que todavía está presente la tesis platónica de la frónesis, aunque el objeto de la contemplación filosófica no es ya para él el Mundo Ideal de Platón sino el Dios trascendente de la Metafísica.[91] Pero según Jaeger[92], Copleston[93] y también Aubenque[94] cambiaría esa postura en la

---

[87] Cf. ROBLEDO, Antonio Gómez, *Ensayo sobre las Virtudes Intelectuales*,, p.208-221, México D.F., FCE, 1996

[88] Cf. AUBENQUE, Pierre, *A Prudencia em Aristóteles,* Sao Paulo, discurso editorial, 2003, p.29

[89] Idem, p.28

[90] COPLESTON, Frederick, *Historia de la Filosofía v.1*, p.275-276, Barcelona, Ariel Filosofía, 1994

[91] *Ética.Eudemo*., VII, 15, 1249b.

[92] «(…) es posible trazar un cuadro del desarrollo de la ética de Aristóteles en tres etapas claramente distintas: el período platónico posterior del *Protréptico*, el platonismo reformado de la *Eudemia* y el aristotelismo posterior de la *Nicomaquea*.» (Cf. JAEGER, Werner, *Aristóteles*, p.266, México D.F, FCE, 1995

[93] Cf. COPLESTON, Frederick, *Historia de la Filosofía v.1*, p.277-281, Barcelona, Ariel Filosofía, 1994 (para Copleston Aristóteles escribe la *Ética a Nicómaco* en su tercer período mientras la *Ética a Eudemo* se escribe con anterioridad. Por lo tanto, podemos decir que la Ética a Nicómaco corrige a la Ética a Eudemo)

[94] «Al contrario, asistimos en la *Ética a Nicómaco* a una decomposición de la concepción platónica de la frónesis en sus elementos originales: ella significaba tan sólo una intuición moral práctica, excluyendo todo contenido teórico.»(AUBENQUE, Pierre, *A Prudencia em Aristóteles*, p.30)

Nicomaquea, separando la prudencia de la sabiduría, y diciendo que la prudencia tiene un sentido simplemente práctico.[95]

> «La clave para entender la ética de Aristóteles está en el problema de la relación entre las versiones *Nicomaquea y Eudemia.* **(…) En la práctica predominó siempre la *Ética Nicomaquea*.**»[96]

Si nos quedamos con esta última noción de la *Ética a Nicómaco* sobre la prudencia, en la que esta separada de la sabiduría, entonces aquella es en si misma la norma de la moral sin tener en cuenta la sabiduría. Eso trae la desventaja que por ser inmanente haría que el hombre sea la medida del ethos, lo que redundaría en una suerte de relativismo a modo de Protágoras.

Sin embargo, la idea de la profunda relación entre la prudencia y la capacidad de abrirse a la contemplación divina propia de la sabiduría, le da al hombre el fundamento último de las virtudes morales. La prudencia es así guiada y abierta a la sophia. El logos y el ethos están profundamente relacionados.

> «La prudencia ¿es una luz que se baste a si misma para ser faro y norte de nuestra acción (…) o, se alimenta a su vez en otra luz más alta, en un hábito intelectual que por su parte sí tiene comercio con lo necesario y absoluto? En el primer caso estaríamos en presencia de una ética relativista y empírica. En el otro caso tendría un fundamento único e inconmovible.»[97]

Si nos remitimos de vuelta a la *Ética Eudemia*, en sus páginas finales, se deja clara esa profunda relación entre prudencia y sabiduría: "Dios es el fin con referencia al cual dicta sus mandatos la prudencia."[98] Los medios que alcanza la prudencia están en vista a la "contemplación de Dios". Serían así viciosos los "bienes" que por exceso o defecto impidan servir y ver a Dios. El famoso "término medio" no se fija bajo una moral relativista medida por las cambiantes circunstancias, sino que está regido por las exigencias del Bien Ideal. Hasta aquí nos referimos a la Eudemia.

Por otro lado esta la *Ética Nicomaquea*. Aunque el libro VI clarifica la misma idea del final de la Eudemia, parece fijar en su mayor extensión las virtudes morales

---

[95] «Además – en el *Protréptico* – la frónesis conserva la significación platónica, por lo que tiene un sentido teorético **y no el puramente práctico con que aparece en la Éica a Nicómaco**.» (Cf. COPLESTON, *Historia de la Filosofía v.1*, p.277)
[96] JAEGER, Werner, *Aristóteles*, p.262, México D.F., FCE, 1995
[97] ROBLEDO, Antonio Gómez, *Ensayo sobre las Virtudes Intelectuales*,, p.208, México D.F., FCE, 1996
[98] *Ética Eudemo*, VII, 15, 1249b

como autónomas, referidas tan sólo a la prudencia, como norma última de la doctrina de la *mesotes*. Todo esto ha llevado a la conclusión que se trata de una ética antroponómica, si consideramos la otra postura teonómica.[99]

En conclusión, pienso que debemos tener una postura conciliadora, intermedia, entre el platonismo a ultranza, en la que sophia y phronesis se equiparan, y la tesis que analiza Jaeger en la *Ética a Nicómaco*, según la cual phronesis y sophia están totalmente separadas. Pienso que debemos diferenciar la prudencia de la sabiduría, pero aceptar su mutua relación. Las dos se enriquecen y permiten que el hombre no viva un abismo entre su contemplación divina y la vida práctica. Más bien, la apertura a Dios es un norte seguro para que la prudencia bien encaminada permita alcanzar con una norma objetiva el famoso medio término en las virtudes morales, y así vivir la tan anhelada felicidad. Esta es la postura que desarrolla Santo Tomás en las cuestiones que hemos hecho referencia en el capítulo anterior. Para Santo Tomás, la prudencia está abierta a la sabiduría y la tiene como su guía. Robledo en su ensayo sobre las virtudes intelectuales lo hace notar:

> «Esta elaboración es, según vimos, uno de los frutos espléndidos de la patrística y la escolástica, y Santo Tomás la lleva a su mayor perfección al hacer de dicho hábito la sindéresis, el repositorio de los preceptos de la ley natural, los cuales son, como dice el santo, los primeros principios de los actos humanos. (…) la participación de la ley eterna divina en la criatura racional, resulta en conclusión que esta nuestra pobre prudencia humana se lega en última instancia, por la vía de la sindéresis, a la sabiduría legisladora del Creador.»[100]

Teniendo en cuenta todo lo dicho recordemos rápidamente lo que decíamos sobre la felicidad. Es el fin último que busca todo ser humano. Es el deseo natural presente en el corazón de todos. Es la plena realización de nuestra naturaleza. Se alcanza mediante la actividad más noble de la persona según la vivencia de la virtud.

La virtud más elevada del ser humano es la sabiduría, que contempla las verdades fundamentales. Esto es fundamental para vivir la felicidad. En la actividad de la contemplación intelectual el hombre alcanza el vértice de sus posibilidades y actualiza cuanto de más elevado hay en él. La felicidad de la vida contemplativa

[99] ROBLEDO, Antonio Gómez, *Ensayo sobre las Virtudes Intelectuales*,, p.211
[100] Ibid, p.218

conduce de alguna forma más allá de lo puramente humano; nos pone en contacto con la divinidad.[101]

> «Pero una vida así será, sin duda, superior a la naturaleza del hombre; en realidad, no le corresponde vivir de esta manera en cuanto hombre, pero sí en cuanto hay en él algo divino; y en la medida en que esto supera la estructura compuesta del hombre, en esa misma medida su actividad se eleva por encima de la que es conforme a las otras virtudes.»[102]

Esta contemplación es llevada a lo particular por la prudencia, buscando aplicar a la voluntad aquello contemplado por la razón con la sabiduría.

La prudencia pone los medios necesarios y permite llevar a la práctica el bien último del hombre que se deduce de la única verdad contemplada por la sabiduría. La verdad de la sabiduría es la contemplación divina, y la prudencia aplica ese "conocimiento" a la vida permitiendo que el hombre viva feliz. La prudencia permite que el hombre viva la felicidad, pues encuentra la manera de lograr en la práctica los "objetos" inmutables contemplados por la sabiduría.

La contemplación de Dios como fuente de la felicidad es una idea que aparece implícita en el pensamiento de Aristóteles expresado en la *Ética a Nicómaco*. La contemplación espiritual influyó mucho en todo el pensamiento posterior de los filósofos cristianos, que la encontraron muy acomodable a sus fines.[103] Para el Nuevo Testamento así como para Aristóteles la virtud tiene la misma estructura lógica y conceptual: cualidad cuyo ejercicio conduce al logro del *telos* humano.[104] Aristóteles pone un énfasis en la actividad del alma racional y la virtud como camino para esa felicidad, dejando abierta la puerta para la reflexión en torno a Dios, que es la actividad más elevada del alma racional. «Así pues, el ser humano es teologal. Se trata de una nota de su realidad más profunda, y que cualifica su humanidad».[105]

> «Tras todo esto no puede sorprendernos que en el *Eudemo* siga Aristóteles las ideas del *Fedón* hasta en la tesis de ser inmortal "el alma entera". Estas ideas realistas son las únicas que pueden confortar religiosamente el corazón humano…»[106]

---

[101] Cfr. REALE, Giovanni, *Introducción a Aristóteles*, pag.107-108, Barcelona, Herder, 1992
[102] *Ética Nicómaco*, X, 7, 1177b
[103] COPLESTON, Frederick, *Historia de la Filosofía v.1*, pag.348-349, Barcelona, Ariel Filosofía, 1994
[104] MACINTYRE, Alasdair, *Tras la Virtud*, p.230, Barcelona, Crítica, 2004
[105] FIGARI, Luis Fernando, *Nostalgia de Infinito*, pag.13, Lima, Fondo Editorial, 2002
[106] JAEGER, Werner, *Aristóteles*, p.65, México D.F, FCE, 1995.

La madre de las virtudes es la prudencia. Es la virtud cardinal que guía las demás virtudes. Por lo tanto si para ser feliz hay que vivir la virtud, con toda razón se hace necesario vivir la prudencia. La prudencia es una especie de inteligencia práctica. Es vivir lo que se conoce. Es decir, generar el hábito en la conducta, practicando lo que es contemplado por la sabiduría. Entonces la prudencia pone los medios necesarios para vivir lo alcanzado por la sabiduría. Es la síntesis entre teoría y práctica, metafísica y ética, logos trascendente y areté, es lo que permite vivir feliz.

Sólo Dios puede colmar la sed de felicidad que llevamos dentro.[107] La meta de la vida humana sólo es colmada con el encuentro con Dios. Pierre Hadot afirma:

> «Esta forma de vida representa la forma más elevada de felicidad humana, pero al mismo tiempo podemos decir que esta dicha es sobrehumana: "el hombre no viviría de esta manera en cuanto hombre, sino en cuanto que hay algo divino en él"».[108]

Hemos concluido cómo guiada por la sabiduría, la prudencia se aplica al conocimiento claro y hábil de la verdad, aplicándola a la vida moral.[109] Esto es condición necesaria para buscar la felicidad. Por lo tanto existe una manera *verdadera* de realizar la naturaleza humana. En la medida que conozcamos esa verdad y realicemos la actividad más noble del ser humano podremos alcanzar la felicidad.[110]

Por ello podemos decir que sabiduría y prudencia están íntimamente relacionadas. La primera puesto que contempla la verdad trascendente, la segunda pues la lleva a la vida práctica y concreta. La prudencia como *recta ratio agibilium* puede racionalmente "mirar" lo contemplado por la sabiduría y luego ordenar la acción consecuente.

La prudencia es la virtud que rige la vida humana. La orienta y ordena según el sentido que le da la sabiduría. Se aplica al bien vivir en general. Es un "hábito práctico

---

[107] Idem, pag.35
[108] HADOT, Pierre, *Qué es la Filosofía Antigua*, pag.92, Mèxico, D.F., FCE, 1998
[109] Cf. ROBLEDO, Antonio Gomez,, *Ensayo sobre las virtudes intelectuales*, México, FCE, 1996, p.190
[110] Para todo lo dicho obviamente suponemos la capacidad racional del hombre para alcanzar la verdad. No vamos ahora a sustentar esa afirmación pues no es el motivo de este trabajo. Tengámosla como una premisa y digamos que es tarea prioritaria de la sabiduría

verdadero, acompañado de razón, con relación a las cosas buenas y malas para el hombre"[111]

Alcanzar esa verdad es el fin bueno de toda vida humana. La prudencia es la que delibera, juzga y ordena – partes potenciales – rectamente en vistas a ese bien último.[112]

La prudencia ordena la obra propia del hombre para lograr ese bien último. Es imposible ser bueno sin ser prudente.[113] La prudencia así es virtud necesaria para la vida humana.[114]

El "bien del hombre" es el objeto de la prudencia. El bien último del hombre es la felicidad. El prudente busca los mejores actos según la razón para ser consecuente con la felicidad. La prudencia siempre se encamina a un fin bueno. Es un hábito verdadero y práctico que trata los bienes y males de los hombres conforme a la razón. El prudente considera lo que a sí mismo y a los demás hombres conviene. Es una virtud del bien obrar, y el obrar consiste en las cosas particulares.[115] El hombre prudente no sólo conoce la felicidad, sino que se dirige a obrar ese fin último particular. No se contenta con sólo saber lo que es la felicidad (en la medida siempre perfectible de los posibles), sino en pronto ponerla por obra, pues se trata de un hábito virtuoso.[116] Esa razón práctica determina una acción concreta[117] para alcanzar ese bien.

Si tenemos en cuenta que la felicidad es lo mejor para el hombre, el "hábito práctico" de la prudencia es lo que nos lleva a vivirla.[118] Decimos que la prudencia es el camino para vivirla puesto que determina los medios para realizar ese fin.

---

[111] Ética Nicómaco, VI, 5, 1140b
[112] Cf. ROBLEDO, Antonio Gomez,, *Ensayo sobre las virtudes intelectuales*, p.191, México, D.F., FCE, 1996
[113] *Éthica Nicomaquea*, VI, 12, 1144a
[114] *Summa Teológica*, II-II, q.47, a.8
[115] *Éthica Nicomaquea*, VI, 7, 1141b
[116] idem, VI, 12, 1144a
[117] Cf. idem
[118] Cf. ROBLEDO, Antonio Gómez, *Ensayo sobre las Virtudes Intelectuales*, México, D.F., FCE, 1996, p.193

Conclusión

Todo ser humano debe buscar la felicidad. Es la única forma de darle un sentido auténtico a la vida. Junto con esa búsqueda de la felicidad hay algunas preguntas fundamentales que todo ser humano debe hacerse si es que quiere alcanzar una realización personal buscando la excelencia de vida. Son preguntas que sobrepasan la rutina ordinaria de lo cotidiano y nos remiten a un horizonte mayor de trascendencia. ¿De dónde vengo? ¿Hacia dónde voy? ¿Quién soy? ¿Qué espero de la vida? Son preguntas que estimulan el corazón del hombre en la búsqueda de respuestas que sacien nuestros deseos y anhelos de infinito. Es posible encontrar una respuesta a la altura de esas preguntas. Si podemos hacernos preguntas como esas, también podemos encontrar respuestas. Seria un sin sentido irónico plantearse preguntas existenciales como esas si no existiesen respuestas para ellas. No obstante se constata en la realidad como hay personas que no logran responderlas por distintas razones. La actitud que se debe tener en vista de esas interrogantes es la de una búsqueda implacable hasta que logremos satisfacer el hambre interior por alcanzar la realización auténtica de nuestra naturaleza.

La felicidad es un deseo natural que anida en todos lo corazones. Para ello necesitamos una verdadera respuesta que solucione esa búsqueda tan crucial para nuestras vidas. Sabemos por todo lo reflexionada hasta aquí que solamente lo infinito puede saciar ese anhelo profundo, esa nostalgia, ese impulso interior. Sólo la contemplación divina por medio de la sabiduría puede responder esa realidad que anida en lo profundo de nuestro corazón. Así en la medida que vivamos la virtud de la sabiduría podemos ser felices, pero esta no se puede vivir si es que no encontramos los medios para vivir de acuerdo a esa contemplación. La virtud que propiamente logra ese objetivo es la prudencia, que por su capacidad cognoscitiva comparte la visión de la sabiduría, y por su función directiva orienta el actuar humano de modo que alcancemos la felicidad.

Un obstáculo fuerte que encontramos en nuestra propia naturaleza y en la sociedad que vivimos son los falaces apegos – los hemos llamados anteriormente falsos diocesillos o concupiscencias. Son equivocados sucedáneos que nos llevan a la mentira existencial, en la que se frustran nuestros anhelos más auténticos. En ese sentido somos bombardeados por la cultura de muerte con sus equivocados valores, que sólo nos alejan cada vez más de la verdadera felicidad.

Ante este panorama se presentan dos posibles caminos: el facilismo, la mediocridad, que nos lleva a hacer opciones equivocadas. Infelizmente es el camino por el que la mayoría se arrastra, puesto que es un camino amplio. Por otro lado esta el camino de la virtud, camino que exige un esfuerzo personal, dedicación, sacrificio personal. Es el camino angosto. Del camino que se elija depende el sentido de nuestra vida. Por ello exige de nuestra parte una reflexión profunda y una voluntad decidida que nos permita alcanzar esa vida virtuosa, llena de sentido.

Debemos entender la virtud como una cualidad que perfecciona intrínsicamente el sujeto que la vive. Es una disposición para obrar bien, una potencia o energía. Es aquello que hace que uno sea fiel a su propia naturaleza. Disposición que se desenvuelve a partir de una capacidad mediante el ejercicio apropiado de esta capacidad. Recordemos que la virtud es el justo medio. La vía media entre dos extremos. Ahora, el término medio es diferente para cada individuo. Por eso la virtud es algo muy personal. Cada uno tiene que descubrir como vivir la virtud en su vida en la

medida que se conozca a si mismo. Tiene por frutos el señorío de si mismo, una grandeza de espíritu, sentido de deber, la vivencia de la libertad auténtica y una lucha heroica para quien la vive. No es algo fácil como se puede constatar. Se va construyendo con el tiempo. Es un ejercicio que adquirimos por la costumbre, que viene, sin embargo, de una inclinación natural. Es decir, la costumbre y el ejercicio habitual potencian la inclinación presente naturalmente. Hemos visto que existen dos tipos de virtudes: las dianoéticas o intelectuales y las éticas o morales. Tanto la sabiduría como la prudencia son virtudes dianoéticas. Una de la razón teorética y la otra de la razón práctica, respectivamente.

La virtud que nos hemos dedicado a profundizar en este trabajo es la prudencia. Es una virtud que busca inteligentemente elegir los actos adecuados para alcanzar la felicidad. Elige los medios necesarios para alcanzar ese fin último del hombre: la felicidad.

Hemos visto también como la prudencia es una virtud que lleva el hombre a vivir una dimensión social. Es más, la misma prudencia tiene su naturaleza social. Esencialmente hablando la prudencia rige la vida de una familia, una comunidad, un ejército. Sólo podemos vivir la felicidad en comunión unos con los otros. Nuestra felicidad personal pasa necesariamente por la felicidad del prójimo. Así decimos que la prudencia esta orientada al bien común.

La prudencia, la *recta ratio agibilium*, nos orienta en ese camino virtuoso en una dinámica de complementariedad natural y trascendente con la sabiduría. Prudencia y sabiduría se necesitan mutuamente si es que queremos alcanzar la felicidad. Logos trascendente y ethos; metafísica y ética; entendimiento y voluntad: una búsqueda *harmónica* que permite realizar la naturaleza auténtica del ser humano. La prudencia pone los medios necesarios y permite llevar a la práctica el bien último del hombre que se deduce de la única verdad contemplada por la sabiduría. La prudencia puede racionalmente "mirar" lo contemplado por la sabiduría y luego ordenar la acción consecuente. Por eso podemos decir que es imposible ser feliz sin ser prudente. La prudencia es virtud necesaria para la vida humana feliz. No es lo único necesario, pero es parte de nuestro esfuerzo personal si queremos ser felices.

Para concluir debemos decir, siguiendo a Aristóteles, que la felicidad es la actividad más noble del alma según la virtud. Esa actividad más noble es la capacidad racional, y la virtud más excelente de la razón es la sabiduría, que permite contemplar a Dios. Esta contemplación de Dios aparece implícitamente en los escritos de Aristóteles, y permite que Santo Tomás deje claro que solamente por medio de la contemplación de Dios podemos alcanzar la felicidad. Sin embargo, el ser humano también tiene, además de la capacidad racional, otra dimensión moral, que tiene que ver con la voluntad. Se trata de vivir en la práctica, voluntariamente, lo que Dios nos revela por medio de la sabiduría. Es ahí donde entra la prudencia. La prudencia lleva a la práctica el conocimiento divino. Así podremos ser realmente felices.

Bibliografía

1. ANCILLI, Ermanno, *Diccionario de Espiritualidad, t.III,* Barcelona, Herder, 1987
2. AQUINO, Santo Tomás de, *Comentario a la Ética a Nicómaco*, Navarra, EUNSA, 2001
3. AQUINO, Santo Tomás de, *Suma Teológica,* Madrid, B.A.C, 1956
4. ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco,* Barcelona, Folio, 2002
5. ARISTÓTELES, Obras Selectas, Moral a Eudemo, Buenos Aires, El Ateneo, 1966
6. AUBENQUE, Pierre, *A prudencia em Aristóteles,* Sao Paulo, Discurso Editorial, 2003
7. BIBLIA DE JERUSALÉN, Bruxelles, Desclée Brouwer, 1967
8. *Catecismo de la Iglesia Católica*, Bilbao, Grafo, 1997
9. COPLESTON, Frederick, *Historia de la Filosofía, t.1,* Barcelona, Ariel Filosofía, 1994,
10. FIGARI, Luis Fernando, *La búsqueda de la Verdad,* Arequipa, Universidad San Pablo, 1998
11. FIGARI, Luis Fernando, *Nostalgia de Infinito,* Lima, Fondo Editorial, 2002

12. FRAILE, Agustino Blanquez, *Diccionario manual*, Editorial Ramon Sopena S.A., 1984, Madrid
13. HADOT, Pierre, *Qué es la Filosofía Antigua*, FCE, 1998, Mèxico, D.F.
14. JAEGER, Werner, *Aristóteles*, FCE, 1997, México, D.F.
15. JOLIVET, Regis, *Diccionario de Filosofía*, Club de Lectores, 1989, Buenos Aires
16. MACINTYRE, Alasdair, *Tras la Virtud*, Crítica, 2004, Barcelona
17. MORA, Ferrater, *Diccionario de Filosofía de Bolsillo*, Alianza Editorial, 1992, Madrid
18. PIEPER, Josef, *Las Virtudes Fundamentales*, 8va.edición, RIALP, 2003, Madrid
19. REALE, Giovanni, *Introducción a Aristóteles*, Herder, 1992, Barcelona
20. ROBLEDO, Antonio Gómez, *Ensayo sobre las Virtudes Intelectuales*, FCE, 1996, México, D.F.
21. S.S. JUAN PABLO II, *Fides et Ratio*, Ediciones Paulinas, 1998, Lima
22. S.S. JUAN PABLO II, *Documento de Puebla III Conferencia Episcopal del Episcopado Latinoamericano*, Editorial Labrusa, 1979, Lima
23. SAN AGUSTIN, *Las Confesiones*, San Pablo, 1998, Madrid
24. SIMON, René, *Moral*, Editorial Herder, 1987, Barcelona
25. VARIOS autores, *Camino hacia Dios*, Vida y Espiritualidad, 1997, Lima